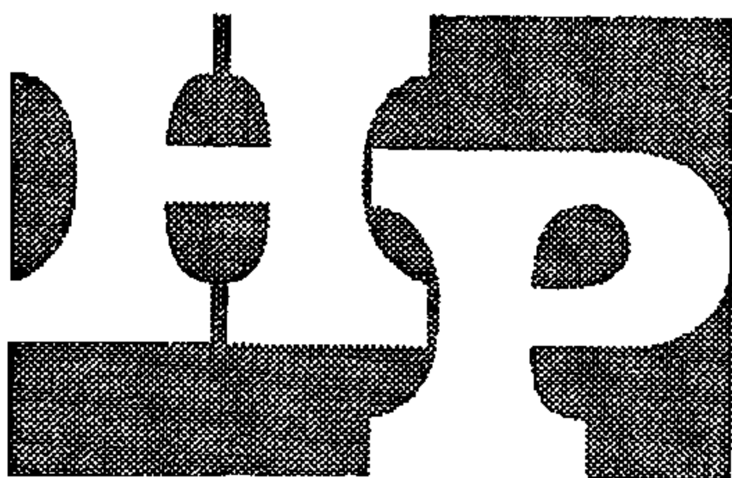


la casa de los siete ahorcados

Silver Kane





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

LA CASA DE LOS SIETE AHORCADOS

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 413
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02524-2
Depósito legal: B 35207-1977

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición, noviembre, 1977

© Silver Kane – 1969

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Paréis del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO

Dos hombres y una mujer, los tres muy jóvenes, se encontraban cerca de la hoguera. Sus rostros eran recortados por las llamas en un confuso claroscuro. Más allá del círculo de luz de la hoguera se extendía la llanura interminable, surcada al fondo por algunos relámpagos que presagiaban la cercana tormenta.

Fue uno de los hombres el que hizo un gesto de atención.

—Alguien se acerca…

Los tres hicieron ademán de escuchar. En efecto, se escuchaba rumor de caballos en la llanura. Cuando ese rumor se hizo más concreto, comprendieron que eran al menos cuatro jinetes que se acercaban.

—¿Quién vendrá ahora? —preguntó otro de los hombres, mientras la mujer se estremecía levemente.

—Alguien que viene de camino, seguro. Tal vez quieran pasar la noche en la casa, antes de que llegue la tormenta.

Y el rostro del que acababa de hablar se volvió hacia la casa, que se encontraba a unas treinta yardas de la hoguera.

La casa era de estilo colonial, sudista, y en otros tiempos debió ser hermosa y completamente blanca; pero ahora, ennegrecida por las llamas, tenía un confuso color gris ceniza.

El porche, de altas columnas, estaba parcialmente destruido, y en el piso superior faltaban puertas y ventanas. La casa estaba habitada aún, pero tenía un aspecto siniestro, como de mansión solamente poblada por legiones de fantasmas.

Los dos hombres y la mujer volvieron sus cabezas para mirar hacia la llanura.

Ahora se distinguían confusamente las siluetas de cuatro jinetes que avanzaban hacia la hoguera.

—Viajeros… —dijo la mujer.

Unos minutos después, cuatro hombres desmontaban a pocos metros de la hoguera.

Venían cubiertos de polvo, lo que delataba un largo viaje a través de la llanura, seca y yerma, como un campo de batalla. Llevaban un revólver cada uno, y en los arzones de sus sillas se balanceaban cuatro hermosos rifles.

Uno de los hombres que estaban junto a la hoguera saludó:

—A la paz de Dios…

El más alto y desgarbado de los cuatro tipos repuso:

—Buenas noches.

Miró a las tres personas que estaban junto a la hoguera. Eran mexicanos y tenían un aspecto sencillo y humilde. Sólo llevaban cuchillos, pero ni un arma de fuego visible. En cambio, los cuatro hombres recién llegados, eran típicamente yanquis.

—¿En viaje? —preguntó uno de los de la hoguera.

—Sí —repuso el tipo alto y desgarbado.

—Entonces, bienvenidos. Yo me llamo Ramiro, y éstos son mis hermanos Leonor y Carlos.

—¡Qué casualidad! Nosotros también somos hermanos. Los cuatro hermanos Burlington. ¿Ustedes no van de viaje?

—¡Oh, no! Nuestro viaje ya ha terminado. Veníamos desde México, pero nos quedamos aquí.

—¿En la casa?

—Sí.

—Pero si está muy estropeada…

—Eso se nota al primer golpe de vista. Y de día aún se advierten más los destrozos que le causó la guerra. Pero su nuevo dueño, el reverendo Payton, quiere restaurarla, y nosotros hemos venido aquí para tomarnos los primeros cuidados.

—¿De modo que ustedes van a ser algo como unos sirvientes en la casa?

Ramiro sonrió. Tenía una sonrisa agradable y franca.

—Cierto, señor.

—Nosotros vamos a México también —dijo el más alto de los Burlington—, pero la noche amenaza tormenta, y nos gustaría pernoctar en la casa. Suponemos que no tendrán inconveniente.

—¡Claro que no! Nosotros nos retiramos en cuanto hayamos

terminado de cenar. ¿No le apetece un pocillo de café?

—Hace.

Los cuatro hombres se sentaron poco a poco junto a la hoguera, enfrente de los mexicanos que ya estaban allí. Fue Leonor la que añadió café al pote de agua hirviendo que ya estaba sobre las brasas.

Leonor, que era joven y bonita, miró de soslayo a los nombres con una expresión de sorpresa. Pero se tranquilizó al notar que ninguno de ellos tenía los ojos puestos en ella. Los cuatro hermanos Burlington tenían los rostros inexpresivos, como tallados en piedra, y parecían no pensar en nada. El polvo acumulado sobre sus rostros, además, los deformaba, impidiendo ver claramente su expresión.

—¿Y van a vivir en esa casa? —preguntó el más alto.

—¿Por qué no?

—Nosotros hemos oído hablar de ella.

Ramiro lanzó una carcajada, después del primer gesto de incredulidad.

—¡Ah, ya comprendo! Ustedes han oído hablar de esta casa por lo de los siete ahorcados.

—Sí. Más o menos era eso.

Ramiro mismo sacó el pote de las brasas y sirvió el café, colocándolo con un paño.

—Hace pocos meses, al terminar la guerra entre el Norte y el Sur, esta casa estaba situada entre las líneas de batalla —explicó mientras servía—. Esto está cerca de Ponca City, como habrán observado, al norte de Oklahoma. Dicen que en la casa hubo una matanza.

—¿Entonces es cierto? —preguntó otro de los Burlington, que hasta aquel instante no había despegado los labios.

—Sí, parece que sí… Siete ahorcados. Primero llegaron unos fulanos de las tropas del Norte a hacer no sé qué. Tal vez quisieran instalar un observatorio de artillería o algo parecido. Eran tres. Aparecieron entonces cuatro tipos del Sur, los atraparon por sorpresa y los colgaron de unas vigas del techo.

—¿Colgarlos? —preguntó otro—. No parece demasiado legal. ¿Por qué no los hicieron prisioneros?

—Seguramente no querían complicarse la vida, pero se la complicaron. ¡Vaya si se la complicaron!

—¿En qué sentido?

—Ahí viene la parte más complicada y más siniestra de la historia. Dicen que cuando los cuatro sudistas acababan de colgar a sus víctimas, aparecieron los antiguos dueños de la casa.

El más alto de los Burlington bebió pensativamente un sorbo de café. Sus ojos se habían entrecerrado.

—¿Los antiguos dueños de la casa? ¿Qué quiere decir? ¿Tal vez que ya no lo eran?

—No. Porque hacía varios años que estaban muertos.

Un escalofrío pareció recorrer a todos los que estaban junto a la hoguera, mientras el cielo era recorrido por un relámpago ya mucho más cercano.

La sombra de la casa pareció proyectarse, extraña y siniestra, sobre sus cabezas.

Leonor, la muchacha, lanzó un grito.

—¡Algo ha brillado allí! —gritó—. ¡Algo ha brillado…!

—¿Dónde?

—¡En aquella ventana!

Señalaba la mole de la casa, ahora negra e impenetrable.

—Ha debido ser el reflejo del relámpago en algún cristal —señaló Carlos.

—¡Pero si en la casa no hay cristales!

—Alguno habrá… Basta con que quede un pedacito para producir un resplandor tremendo.

La muchacha se arrimó un poco más a sus hermanos y fue tranquilizándose. Los cuatro hermanos Burlington seguían con sus ojos indescifrables fijos en las llamas de la hoguera.

El más alto desvió al fin la mirada.

—¿Cómo ha dicho? —susurró—. Eso son cuentos de mexicanos. ¿Asegura que aparecieron cuando llevaban varios años muertos?

—Yo no aseguro nada, compréndalo… Yo no vi nada. Sólo explico lo que por ahí se cuenta.

—¿Quiénes eran los antiguos dueños de la casa?

—Una pareja muy rara, según dicen. Murieron cuando tenían cincuenta años. Aseguran que eran horribles y que nadie se acercaba aquí. Estaban leprosos los dos.

Un nuevo estremecimiento recorrió a Leonor. Aquél estremecimiento pareció agrandarse al ritmo cambiante de las

llamas de la hoguera.

—¿Por qué hablar de eso? —musitó—. Es una tontería.

—Los señores preguntan y yo contesto —dijo Ramiro—. No creas, yo también he sentido muchas veces curiosidad por la historia de esta casa. Se asegura que más de uno huyó por la llanura lanzando gritos de horror, al ver uno de aquellos rostros a través de cualquier ventana.

—¿Y de qué murieron aquellos dos tipos? —preguntó uno de los Burlington—. ¿De la misma lepra?

—Eso no se sabe. De pronto, un día nadie los volvió a ver. La casa estaba con las puertas y las ventanas cerradas, oliendo a muerto. Pero nada más.

—¿Dónde están sus tumbas?

—Eso es lo peor. No han sido halladas.

Un nuevo relámpago hizo estremecer esta vez incluso a los Burlington, aunque procuraron disimularlo.

Todos miraron instintivamente hacia la casa.

Y vieron que, efectivamente, era un pedacito de cristal de una de las ventanas lo que lanzaba aquellos destellos a cada nuevo relámpago.

Más tranquilizados, volvieron a mirar todos hacia las llamas casi extinguidas de la fogata.

—¿Y qué hicieron esos aparecidos? —preguntó el más alto de los Burlington—. Los sudistas tenían armas, ¿no? ¿Qué hicieron ante un matrimonio de más de cincuenta años, por siniestro que pareciese?

—Eso es lo terrible, señor, que los sudistas eran cuatro y tenían armas… Acababan de colgar a tres enemigos armados también… y, sin embargo, no pudieron con aquellos dos aparecidos. Dicen que iban vestidos completamente de negro y que avanzaban sin hacer ruido… Los cuatro sudistas fueron colgados también. ¡Eran cuatro, con sables y revólveres de guerra! Pero murieron ahorcados… —Hizo una breve pausa y añadió—: Eso es exactamente lo que se cuenta de la casa… —Un cuento, una fábula— gruñó otro de los Burlington. —Una asquerosa fábula. ¿A que es mentira también lo de los siete ahorcados? ¿A que aquí no ha habido ningún muerto?

Por toda respuesta, Ramiro hizo un gesto con el mentón, y los cuatro Burlington volvieron el rostro hacia un lado, hacia donde el gesto del mexicano indicaba.

Vieron allí, junto a un grupito de árboles, varias cruces alineadas y hechas con toscas ramas. El más alto las contó. Eran siete.

—¿Quieren ver las inscripciones? —preguntó Ramiro—. Las hicieron unos miembros de los dos Ejércitos justo al terminar la guerra. Y eso no es fábula…

Los cuatro Burlington se miraron unos a otros. En su frente habían nacido, sin que ellos mismos lo sospecharan, unas gotitas de sudor.

—Quizá no quieren que nos quedemos aquí —dijo uno de ellos —. Tratan de meternos miedo…

Ramiro lanzó una carcajada.

—¿Pero qué dicen? Si hay algo sagrado entre los mexicanos es la hospitalidad, y nosotros nos consideramos por ahora los dueños de la casa. Pueden entrar tranquilamente… Como pondremos todos las mantas para dormir en la misma habitación, no hay miedo de que nadie nos moleste. Incluso nos harán un beneficio, porque así tendremos más repartidos los turnos de guardia.

—Entonces, cuando quieran, vamos a dormir…

Fue el más alto de los Burlington el primero que se puso en pie, al terminar su pocillo de café. Los otros tres le imitaron con gestos que parecían perezosos.

Los tres mexicanos también fueron a ponerse en pie, mientras recogían distraídamente las mantas en que habían estado sentados.

Ninguno de ellos miraba a los recién llegados. De pronto, el más alto de los Burlington, aulló:

—¡Ahora!

Fue todo tan inesperado, tan increíble, que ninguno de los tres hermanos tuvo ni siquiera tiempo de reaccionar. Los Burlington sacaron sus revólveres al mismo tiempo y dispararon a quemarropa, fríamente, contra los que acababan de darles hospitalidad. Ramiro, Carlos y Leonor se estremecieron, aullando, ante la lluvia de balas.

Ramiro, alcanzado en el pecho, tuvo tiempo de mirar asombrado a sus verdugos y balbucir:

—Pero… si no les conocíamos… siquiera… Dios… mío…

En efecto, era aquélla la primera vez que se encontraba con los Burlington. No les había visto jamás.

Una bala le atravesó la cabeza.

Carlos había muerto casi instantáneamente, alcanzado en la

aorta, y en cuanto a su hermana Leonor se estremecía, gimiendo, con un impacto en el hombro.

El más bajito de los Burlington la contempló con mirada viciosa.

—Es una lástima acabar con la chica —farfulló—. Sólo está herida. Yo creo que podríamos…

—No hemos venido aquí para eso —dijo el más alto—. No hemos venido aquí para eso, pequeño imbécil…

Y con una frialdad absoluta, sin una sola mueca en su rostro inexpresivo, disparó al corazón de la mujer, matándola instantáneamente.

En torno a la hoguera, junto a la casa solitaria, se escuchó sólo el crepitar de las llamas envuelto en el siniestro silencio de la muerte.

El olor a pólvora dominó el aroma a café recién hecho. Uno de los Burlington tosió.

—Ya no tenemos obstáculos —dijo el más alto—. Esos tres iban a quedarse a vivir en la casa, de modo que hubiéramos tenido que eliminarlos tarde o temprano. Ahora podremos registrarlo todo con calma.

Dio vuelta con el pie a los cuerpos para asegurarse de que estaban bien muertos. Luego gruñó:

—Andando.

—¿No podemos esperar? —preguntó uno de sus hermanos.

—¿Por qué?

—Trabajaremos mejor siendo de día.

El más alto lo miró con suspicacia.

—¿Es que te ha impresionado lo que han dicho de los antiguos dueños de la casa?

—Pues…, sí.

—¡Paparruchas, hombre! ¡Nada más que paparruchas estúpidas y sin sentido! ¡Vamos!

—Es que me ha impresionado sobre todo… lo de que los antiguos dueños vestían de negro… y se acercaban sin hacer ruido. La mujer debía ser horrible…

—¡Imbécil! ¿Vas a callar de una vez?

—Los sudistas acababan de matar a tres personas… y ellos eran cuatro —dijo el otro, como ensimismado—. Nosotros somos cuatro también… y estamos delante de tres muertos…

—¡Cállate!

Los cuatro Burlington estaban ahora con las facciones brillantes de sudor. El que se negaba a entrar en la casa volvió un poco la cabeza, y de pronto, sus mandíbulas quedaron rígidas.

Fue una rigidez extraña, como la de un cadáver.

Sus, tres hermanos volvieron poco a poco sus cabezas en la misma dirección. Muy poco a poco.

Vieron el círculo de luz de la hoguera.

La casa, al fondo.

Y, en medio de las dos cosas, las largas faldas del vestido de una mujer. Una mujer vestida de negro.

CAPÍTULO II

Los rostros de los cuatro hombres brillaban angustiosamente, bañándose en su propio sudor.

La mujer avanzó unos pasos, entrando de lleno en el círculo de luz de la hoguera.

Y entonces, los cuatro, lanzaron a la vez un grito gutural, y mientras sentían el horror en el fondo mismo de sus cerebros, comprendieron por qué los sudistas habían muerto a pesar de estar armados.

La mujer llevaba un vestido antiguo, que había estado de moda quizá cincuenta años atrás. Un grueso collar de perlas —tan blancas que parecían repulsivas— colgaba hasta su cintura. La mujer avanzaba sin hacer ruido, como si flotase en el aire.

No se veían sus manos, que estaban unidas y ocultas bajo un manguito de piel.

Pero los cuatro hombres apenas se fijaron en estos detalles.

Porque tenían los ojos clavados en aquella cosa horrible, sin forma, que era su rostro.

Bajo unos cabellos grises y mortecinos, unos verdaderos cabellos de muerta, la piel estaba arrugada, deforme, monstruosa. La marca de la lepra estaba allí ante los cuatro asesinos. Todos sintieron frío en la columna vertebral, en el cerebro. Se agarrotaron sus gargantas.

El más alto pudo balbucir:

—Tiene que ser… una pesadilla… Dis… ¡Disparad, malditos!

Los cuatro llevaron las manos a sus armas, pero ya no pudieron emplearlas.

De pronto, del manguito de piel de la mujer empezaron a brotar llamaradas, y los cuatro hermanos Burlington sintieron el plomo

quemándole la piel. Aún no podían creerlo cuando cayeron de rodillas. Aún tenían la sensación de estar viviendo una horrible pesadilla cuando se dieron cuenta de que iban a morir.

Con los corazones atravesados casi de la misma forma, cayeron poco a poco de bruces sobre el polvo.

La aparecida les contempló durante unos segundos y luego dio media vuelta.

Se alejó de allí sin hacer ruido, de una forma mecánica e impersonal, como un horrible muñeco que flotase en el aire.

CAPÍTULO III

El dueño del único hotel de Ponca City bostezó sobre el mostrador de recepción, disponiéndose a cerrar el libraco en el que había anotado los huéspedes del día.

Era ya muy tarde y no esperaba visitas a aquella hora.

Las luces de los dos saloons estaban medio extinguidas, ya no había apenas nadie por las calles, y además amenazaba tormenta. Se oía el retumbar del trueno en la llanura. Era una noche de perros, una noche en que le iba a dar gusto meterse en la cama y soñar en la maestrita que tenía alquilada la habitación número doce.

Cerró el librote.

¡Nada! Definitivamente, ya nadie se acercaría por allí.

De pronto, oyó unos pasos en el umbral de la puerta y sus ojos se dilataron ligeramente por la sorpresa. ¿De dónde diablos había salido aquella mujer? ¿De qué clase de pedestal había bajado aquella especie de monumento?

Con un suave
fru-fru
de ropas interiores bien almidonadas y limpias, la mujer entró en e] hotel.

—Me han dicho que éste es el único local donde alquilan habitaciones en todo Ponca City.

—Sí…, sí, señorita.

El hotelero miraba con una sensación de vértigo la curva de los senos, la línea rotunda de las caderas y el relieve de las piernas marcado en el vestido de un rabioso color escarlata.

—Sí, señorita —repitió—. A usted le alquilo lo que me pida. Le alquilo el hotel entero.

—Me basta con una habitación que tenga baño.

Los ojos grises de la mujer eran como un lago de aguas profundas y quietas. Uno tenía la sensación de que iba a ahogarse en ellos. ¡Diablos! ¡Unos ojos y una mirada así en una mujer que apenas debía haber cumplido los veintidós años!

—Disponemos de una —dijo el hotelero.

—Me la quedaré.

—¡Oh, claro que sí, señorita!

—¿Pago adelantado?

—¡Ni pensarlo, señorita! Sólo hay que mirarla a usted para darse cuenta de que es… ¡ejem!…, to… toda una dama. Pagará usted cuando quiera y cuando le convenga, y si la habitación no es de su gusto, no la paga. Yo lo que quiero es que se quede usted.

La mujer hizo un suave gesto con la mano, mientras adquiría mayor dureza la mirada de sus ojos grises.

—Calma, amigo. No se ponga a pasear por las nubes.

—Cía… claro que no, señorita.

—¿Firmo en el libro registro?

—Sí. Aquí.

El hotelero abrió de nuevo el librote y puso ojos como platos para leer la firma de la chica. Con cierto esfuerzo, puesto que ella escribía rápidamente, deletreó: «Judith Taylor. Procedencia: Houston (Texas)».

La muchacha dio vuelta al libro.

—¿Se lo ha aprendido de memoria?

—¡Oh! ¡Si yo no miraba, señorita! ¿Qué necesidad tenía de hacerlo? Luego puedo mirar el libro todo lo que quiera.

—Seguro que se acuesta con él.

—¡Qué cosas piensa usted, señorita!

—¡Lléveme a mi habitación!

—Antes una pregunta…, por pura curiosidad. Verá, éste es un pueblo pequeño, y hay cosas que no suelen suceder.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, que una persona aparezca como llovida del cielo, sin que se sepa de qué modo ha llegado. A Ponca City se traslada una diligencia dos veces por semana, pero la que correspondía al día de hoy ha salido ya hace cuatro horas. No hay ningún otro medio de transporte a través de la llanura, y usted no ha llegado a

caballo, porque sus ropas no tienen polvo. ¿Por dónde ha venido usted?

Los ojos grises de la muchacha chispearon burlones, durante una fracción de segundo.

—He traído un carruaje cubierto que es de mi propiedad. Precisamente lo tengo ahí afuera, sin que nadie atienda al caballo, y pensaba decirle que se ocupase de él. ¿Puede darle cuadra por una noche y una ración doble de grano?

—Claro que sí, señorita. Los caballos (con perdón) son también nuestros huéspedes.

El hotelero levantó la única maleta de la muchacha y subió, precediéndola, al piso primero.

Abrió una de las puertas.

—Ésta es su habitación. Tiene vistas a la calle principal de Ponca City, y está justo enfrente del baño. Ahora mismo ordenaré a una doncella que prepare agua caliente.

—Una cosa, amigo.

—Diga, señorita.

—¿No tienen agujeros las paredes del cuarto de baño?

El hotelero se puso rojo, porque precisamente las paredes del cuarto de baño tenían más agujeros que un colador, aunque estaban disimulados por el empapelado de las paredes. De todos modos compuso un ademán digno y exclamó:

—Ésta es una casa seria, señorita.

—Le creo tanto que me entran ganas de bañarme vestida. Pero, en fin, de todos modos que preparen el agua.

El hotelero se la quedó mirando mientras ella entraba en la habitación y evolucionaba junto al gran lecho de matrimonio. Al hombre se le nublaron los ojos. Diablos, era cien veces mejor que la maestrita… Nunca, desde que se levantó el hotel (y era uno de los edificios más viejos de Ponca City) lo había pisado una mujer así.

Procurando no alterarse, susurró:

—¿Me permite una pregunta, señorita Taylor?

—¿Por qué no?

—¿A qué ha venido a Ponca City? ¿A casarse? Richard, el más rico ganadero de la comarca, estaba esperando a su novia.

—Pues no soy yo.

—Entonces, ¿a qué ha venido? Perdone, pero usted no es una

bailarina de saloon, y aunque lo fuera, los dos cochinos locales que hay en Ponca City no podrán nunca pagar… ¡ejem!…, a una mujer como usted. Por otra parte, dudo que haya aquí porvenir para una mujer sola. Cuando usted se ha hospedado en mi hotel es que no tiene familia.

—No la tengo.

—Entonces, ¿adónde piensa dirigirse?

—Hay una casa en la llanura, situada a diez o doce millas de aquí. Una casa aislada.

El hotelero notó que unas gotitas de sudor aparecían en su frente. De pronto, la mujer le pareció distinta.

—Está usted loca —susurró.

—¿Por qué?

—Supongo que se está usted refiriendo a la Casa de los Siete Ahorcados. No puede ser otra.

—Ignoraba que la llamaran así.

—Me ha hecho usted recordar cosas que no quisiera recordar —musitó el hotelero—. Precisamente estaba muy tranquilo sin querer acordarme de que esa casa existiera, cuando ha llegado usted. No vive nadie allí. ¿Qué va a hacer una mujer sola?

Judith Taylor sonrió, mientras al respirar profundamente se insinuaban más poderosamente sus relieves bajo el estallante vestido rojo.

—Se equivoca —dijo—. Viven allí ya tres mexicanos que se han adelantado para empezar a adecentar la casa. Son hermanos, y hasta le diré sus nombres: Leonor, Ramiro y Carlos.

El hotelero apretó los labios.

—Señorita Taylor, esos tres mexicanos han muerto.

—Pero ¿qué dice usted?

—Un viejo borracho que cabalgaba por la llanura los ha visto hace aproximadamente hora y media. Estaban muertos…, ¡muertos a balazos! ¡Y junto a ellos se encontraban los cadáveres de otros cuatro hombres! ¡Cuatro yanquis que tenían mala fama por todo el Oeste central! ¡Los hermanos Burlington!

Ella empezó a desabrocharse el vestido suavemente, mientras el hotelero tenía que tragar saliva.

—No sé por qué hace usted caso de los cuentos de un borracho.

—¡Oh, no, señorita Taylor! ¡Simmons no es un borracho como

los demás! Hace años, en California, le fue arrebatada una mina de oro, y desde entonces vaga como loco por la llanura en compañía de Kito, su único sobrino, que ahora debe tener unos siete años de edad. Viven de pequeños robos, y yo creo que se emborrachan juntos, pero nunca dicen mentiras. Si él asegura que allí había siete muertos…, ¡es que había siete muertos! ¡Puede estar segura!

Judith Taylor terminó de desabrocharse el vestido y, aunque la ropa interior de las señoritas de la época era más que respetable, el hotelero se quedó sin habla.

—¿Qué ha dicho el *sheriff*? —preguntó sin alterarse ella—. Porque en Ponca City tiene que haber un *sheriff*, o por lo menos un alguacil.

—Lo hay, señorita Taylor, pero no ha querido saber nada del asunto. Dice que esa clase de asesinos no hay quien los detenga.

—¿Por qué?

—Porque no son de este mundo.

La luna, que estaba cubierta por un jirón de nubes, quedó desnuda de pronto, y su luz entró en la habitación como un relámpago, dibujando extrañas sombras. Lo mismo el hombre que la mujer tuvieron un estremecimiento.

Era una noche muy rara e inquietante, con nubarrones, relámpagos y de vez en cuando la desnuda luna. Se notaba en el aire algo impalpable, como una amenaza que no se podía precisar.

—¿No son de este mundo? —preguntó Judith—. ¿Qué clase de tontería es ésa?

—Espere y lo comprenderá.

Y el hotelero narró a Judith Taylor la historia de la Casa de los Siete Ahorcados tal y como era conocida en toda la comarca. Sus palabras fueron muy semejantes a las de Ramiro cuando antes de ser asesinado por los Burlington les explicó a éstos la historia.

Una historia espectral e increíble, pero cuya verdad proclamaban siete cuerpos ensangrentados tendidos en la llanura.

Cuando el hombre terminó, Judith tenía los labios apretados y los ojos turbios.

—No puedo creerlo… —susurró al fin.

—Por si acaso, no vaya a la casa. No vaya al menos hasta que los coyotes hayan devorado aquellos cuerpos. ¿Qué iba a hacer usted sola allí? Sería otra víctima.

—No estaré sola, a pesar de que los mexicanos hayan muerto. También tiene que llegar allí un hombre, un joven que viene desde Alabama para vivir en la casa.

—Pero… ¡en nombre del cielo! ¿Por qué? ¿Qué les importa a ustedes aquel pedazo de ruinas?

—Aquel pedazo de ruinas, como usted lo llama, ha sido adquirido por un hombre que desea vivir en paz: el reverendo Payton, un pastor protestante que sufrió mucho durante la guerra civil y desea olvidar.

—¡Pues vaya sitio ha elegido! ¡Un lugar al que llaman la Casa de los Siete Ahorcados! ¿Y ustedes qué pintan en eso?

—El reverendo Payton no podía vivir solo, y pidió a tres hermanos, a los que había conocido en México, que le acompañasen. Eran los tres que debían adecentar la casa y que, según usted, han sido asesinados. También puso anuncios en muchos periódicos solicitando un hombre y una mujer, jóvenes, que quisieran ayudarle a iniciar la cría de una punta de ganado, y más tarde un rancho. En aquel anuncio se entendía también que buscaba dos personas que quisieran vivir en paz, sin oír hablar más de la guerra civil. Yo había sufrido mucho y escribí aceptando. Supongo que el hombre que ha de llegar se encuentra en las mismas condiciones.

El hotelero se pasó una mano por los ojos, como si estuviera aturdido, y guardó un momento de silencio.

—De modo que va usted a ir… —dijo.

—Sí. Pero mañana por la mañana, claro. Cuando haya luz.

—Eso ya me parece más razonable. Yo he visto varias veces, durante el día, aquella casa. A la luz del sol no parece tener nada extraordinario, pero Dios me libre de acercarme a ella durante la noche.

—Por eso he pedido alojamiento en el hotel, aunque le anticipo que no creo una palabra de todos esos cuentos. De modo que un hombre y una mujer que salen de sus tumbas, ¿eh? No nos reiremos poco mañana, cuando llegue el reverendo Payton… Bueno, ¿me preparan esa agua caliente o qué?

El hotelero sacudió la cabeza.

—Claro que sí, señorita, claro que sí…

Y luego añadió bajo cuerda:

—Lástima. Una mujer tan joven…

Mientras la doncella preparaba el baño a Judith, ésta apareció alegre y desenvuelta, como si lo que tenía que hacer al día siguiente fuese un viaje de placer.

Pero cuando quedó sola, una mueca de preocupación alteró su sereno rostro. Olvidó incluso que se estaba bañando y dejó enfriar el agua. Por eso, cuando se levantó para secarse, tuvo un estremecimiento.

Pero no fue de frío solamente.

Los nubarrones más espesos cayeron sobre la población, menudearon los relámpagos y estuvo lloviendo durante toda la noche.

La llanura era como una siniestra piel de tambor sobre la que los truenos retumbaban.

CAPÍTULO IV

Fue el resplandor lívido de los relámpagos lo que mostró a aquel caminante toda la magnitud de la tragedia.

Junto a la hoguera apagada había siete cadáveres, entre ellos el de una mujer. La casa, altiva y siniestra, con algunas de sus paredes en ruinas, proyectaba su sombra sobre los cadáveres a cada nuevo relámpago. No llovía en aquella parte, sino un poco más al norte, hacia Ponca City. Pero la llanura estaba blanda y en algunos puntos se hundían en ella las patas del caballo.

El jinete se detuvo.

Tendría unos cuarenta años y su expresión era bondadosa. O quizá, más que bondadosa, era la expresión del hombre que está cansado de todo. Llevaba un destrozado uniforme del Ejército del Sur, y su caballo parecía cansado. El hombre sólo estaba armado con un viejo revólver.

Miró los cadáveres con los ojos entrecerrados.

Al fin pareció decidirse y se apeó del caballo. Entró en la casa y junto al porche de ésta, formando parte sin duda del equipaje que habría traído alguno de los muertos, encontró una pala. Fue con ella junto a la hoguera y empezó a abrir una zanja en la tierra blanda.

Llevaba media hora en este trabajo, y estaba ya sudando copiosamente, cuando de pronto creyó notar cerca de él la presencia de alguien.

Levantó la cabeza, estremeciéndose.

Eran tres hombres.

Los tres estaban allí, quietos como estatuas, al pie de la fosa. Se habían acercado silenciosamente, igual que reptiles, y miraban al sudista con ojos burlones. Ésos ojos eran lo que más destacaba en unos rostros sucios y cubiertos por barba de varios días.

El sudista dijo:

—Buenas noches.

Uno de los recién llegados rió estrepitosamente.

—¡Y tan buenas! Está lloviendo por todas partes y encima ese tipo se dedica a enterrar unos muertos. ¡Deliciosa noche, vaya! ¿Podemos saber quién eres, amigo, y por qué llevas ese uniforme?

—Me llamo Randall. Luché en el Sur y he estado en una guerrilla durante todo este tiempo, desde que se firmó la paz. Pero ya me he cansado y quiero volver a casa. Yo soy de Ponca City.

—¿Te espera alguien allí? ¿Tu mujer, tus hijos…?

—No tengo a nadie, excepto a unos buenos amigos.

—Mejor.

—¿Por qué mejor?

El sudista miró recelosamente hacia su revólver, que había tenido la mala idea de quitarse y estaba a un lado de la fosa, pero otro de los barbudos cambió enseguida la conversación.

—¿Por qué entierras a estos fiambres, amigo?

—Por una cuestión de caridad. Me han dado pena. No quisiera que los devorasen los coyotes.

—¿Los has matado tú?

—¿Yo? Pero si acabo de llegar…

—¿Quién les ha pagado el viajecito, entonces?

—Los dos seres que vivieron en esta casa.

Las facciones del sudista se habían ensombrecido. Los tres hombres que estaban frente a él parpadearon casi al mismo tiempo.

—¿Los dos seres que vivieron en esta casa?

—Todos los de Ponca City, aunque hayan estado ausentes por la guerra, conocen la historia de esta casa.

—¿Qué cuernos de historia?

—Ésta…

Y ahora fue Randall el que la contó, empleando muy parecidas palabras a las usadas por Ramiro antes de que lo mataran.

Cuando terminó, los tres hombres estaban pálidos.

Uno de ellos soltó una carcajada, pero la carcajada sonó a falsa.

—¿Pretendes que nos creamos eso?

—Creedlo o no, a mí me es indiferente.

Y fue a seguir trabajando mientras discretamente intentaba acercarse a su revólver. Pero uno de los hombres se adelantó un

paso, hasta colocarse al mismo borde de la zanja.

—Vamos a necesitar tu caballo, amigo.

—¿Por qué?

—Tú ya estás, como el que dice, en casa, y nosotros aún hemos de llegar lejos. También nos ha jorobado la guerra, ¿sabes? Bueno… —el tipo se encogió de hombros mientras reía roncamente—. Hemos tenido que espabilarnos, la verdad.

—Quiere eso decir que habéis hecho un atraco y estáis fugitivos desde hace varios días, ¿no?

El mismo fulano volvió a reír.

—Sí, amigo, pero nos salió mal y encima, en la huida, tuvimos que reventar nuestros caballos. Ahora necesitamos un penco aunque sea para los tres, con tal de llegar a las montañas. Nos quedaremos el tuyo.

—Está bien, lleváoslo. Pero yo quiero a ese caballo. Me ha acompañado durante todo el último año de la guerra.

—¡Jo, jo! No te preocupes… Nosotros lo cuidaremos bien.

Otro de los tipos dio un codazo a su compañero, el que acababa de hablar.

—También necesitamos su pasta. Muchos tipos que vuelven de la guerra llevan sus últimas pagas.

Otro gruñó:

—Y lo que había en los bolsillos de los muertos. ¿Los has registrado?

—Yo no soy un buitre. Yo no toco los bolsillos de un cadáver.

—Nosotros lo haremos por ti.

Dos de los forajidos fueron a entrar en la zanja, pero Randall los detuvo con un gesto.

—Os he explicado ya la historia de esta casa y vosotros la habéis oído —dijo—. No me cabe duda de que esos tres mexicanos estaban aquí cuando los mataron esos otros cuatro tipos. ¿No los reconocéis?

Uno de los barbudos los miró mejor aprovechando el resplandor de un relámpago.

—Cuerno, claro que los conozco. Son los Burlington.

—Debían tener las mismas ansias que vosotros, es decir, robar y matar. Pero mirad cómo acabaron después de su crimen… Fijaos bien. ¿Qué hay en los rostros de esos mexicanos?

Uno de los barbudos casi se dejó caer sobre los cadáveres y les echó encima su aliento.

—Yo no me equivoco. Esos tipos veían visiones cuando los empapurraron de plomo. Estaban asombrados, no lo creían… Sus rostros reflejan asombro.

Randall señaló a los Burlington.

—¿Y esos otros? Miradlos bien. ¿Qué reflejan las facciones de esos otros?

El mismo forajido olisqueó los otros muertos.

Luego alzó la cabeza.

—Miedo…

Los tres forajidos quedaron unos instantes con las bocas abiertas, sin comprender.

De pronto, uno de ellos, dijo:

—¡Menos comedia! ¡Todo esto es una patraña, una estupidez! ¡Acribillemos a ese cochino!

Se habían puesto nerviosos, tan nerviosos que ya no eran dueños de sí mismos. Echaron mano a sus armas.

Randall intentó alcanzar su funda con el revólver, pero ya no llegó a tiempo. Los tres forajidos dispararon a la vez. El viejo uniforme del Sur quedó materialmente acribillado.

Randall, con un gesto de dolor, cayó muerto dentro de la fosa que él había preparado, en un rasgo de caridad, para los otros cadáveres.

Casi al mismo tiempo, los tres barbudos se abalanzaron sobre los muertos para registrarlos.

—¡Vaya idiotez! —Gruñó uno de ellos—. ¡Decir que por aquí andan dos resucitados!

—¡Y sobre todo decir que a los cuatro hermanos Burlington los ha despachado una mujer!

—¡Sencillamente ridículo!

Uno de los forajidos, mientras registraba las ropas de la mexicana por si llevaba joyas o algún dinero, contempló distraídamente la llanura.

De pronto alzó la cabeza.

—En, mirad…

—¿Qué pasa?

—La tierra está blanda, muy blanda. Y ahí se ven huellas de

zapatos de mujer.

Otro de los barbudos farfulló:

—Claro, de la mexicana…

—La mexicana lleva sólo zapatillas. Mirad…

Todos miraron, en efecto. Y todos sintieron un mismo escalofrío recorriéndoles la espalda.

—Zapatos de tacón. Y de tacón casi cuadrado, de un modelo que ya no se usa ahora. ¡Si entenderé yo de zapatos de mujer!

—Entonces es que…

—¡Bah! Ese imbécil de Randall lo ha preparado todo. Es una broma, una broma estúpida. Pretendía asustarnos con eso.

—Pero ¿por qué iba a querer asustarnos? El no sabía que íbamos a venir aquí.

Los tres tipos se miraron.

—Bueno… —dijo uno de ellos—. Aligeremos… Tenemos un caballo, ¿no? Hay que llevarse todo lo de valor que haya en los cadáveres, incluidas las armas, y salir corriendo de aquí.

Hubo un nuevo relámpago, y los cuatro miraron instintivamente hacia la casa.

—¿Y si allí hay algo de valor?

—Más valdrá dejarlo.

El que había disparado un poco antes que sus compañeros, se rascó pesadamente la nuca.

—Nos han impresionado esas huellas, ¿eh? Cualquiera lo diría, ¿verdad? Nosotros inquietándonos por el rastro de un zapato de mujer… ¡Pero yo borraré ese rastro! ¡No volveremos a verlo!

Y empezó a patear las huellas, hasta borrarlas. Pero mientras avanzaba, borrando las huellas, se iba acercando a la casa. No cabía duda. ¡Las huellas habían salido de allí!

De pronto, el forajido se detuvo. Sentía frío incluso en las puntas de sus dedos.

—¿Qué? ¿Ha existido de veras la mujer? —preguntaron los otros a su espalda—. ¿Siguen las huellas?

—Sí que siguen.

—Será mejor que nos larguemos de aquí.

El otro hizo un gesto de rabia.

—¡Pero yo no quiero asustarme! ¡Es absurdo! ¡Este momento lo recordaré mientras viva! ¡Una vergüenza para los tres!

Uno de los que estaban a su espalda intentó tranquilizarle.

—Está bien, no nos pongamos nerviosos. Ese fulano, Randall, nos ha hablado de un hombre y una mujer que vivieron en otro tiempo. La mujer puede que exista, pero lo que es el hombre…

El que estaba más adelantado rió.

—¡Claro! ¿Por qué va a existir el hombre? ¡Es absurdo! ¿Cómo hemos podido creer eso?

De pronto, el cielo fue recorrido por un relámpago, y la risa crispada del barbudo cesó.

Porque acababa de ver al hombre.

Estaba quieto, rígido, en una de las ventanas.

Y le miraba.

CAPÍTULO V

Después del relámpago quedó todo sumido en una profunda oscuridad, pero el forajido siguió allí, sin atreverse a mover un pie, clavado en la tierra como si formara parte de ésta.

Oía los latidos de su corazón como los truenos retemblando en la llanura.

Hubiese querido gritar, pero no podía. ¡No podía!

El nuevo relámpago iluminó nuevamente al hombre. No se había movido excepta para poner la mano derecha en uno de sus bolsillos, y parecía realmente arrancado de una tumba. Llevaba una levita negra y al parecer muy larga, de las que ya no se usaban. Una corbata de lazo y un sombrero negro de línea muy antigua. Pero no era eso lo que más llamaba la atención en él. No, no era eso.

Era su rostro.

Un rostro devorado por la lepra, de labios carcomidos y orejas casi inexistentes. Un rostro monstruoso donde los ojos brillaban con un brillo satánico, un brillo que parecía atravesar el espacio, la piel…

De pronto, el hombre desapareció. Pareció como si se lo hubiese tragado la tierra.

El forajido se dobló y estuvo a punto de caer a tierra. El miedo era tan grande que hasta le causaba como una náusea. Tuvo un vómito crispado y oyó tras él las pisadas rápidas de sus compañeros.

—¿Estáis ahí?

—Sí, estamos aquí… ¡Retrocede! —¿Habéis visto… lo mismo que yo?

—¡Claro que lo hemos visto! ¡Date prisa! ¡Vamos a largarnos los tres en el mismo caballo! ¡Pronto!

El forajido logró dar media vuelta y corrió junto con sus dos

compinches en dirección al caballo del muerto.

Pero de pronto se detuvieron los tres.

El caballo de Randall no estaba solo. Había alguien en pie junto a él, sujetándolo por la brida.

Lanzaron al unísono un grito de terror, mientras sus ojos bailaban locamente dentro de las órbitas.

El hombre de la ventana estaba allí.

Lo vieron ahora con toda claridad, pues apenas les separaban unos siete pasos. Sus ropas eran viejas y estaban apolilladas y hechas de jirones, como suelen estarlo las ropas que han permanecido en una tumba. Sus zapatos, en cambio, brillaban siniestramente y parecían nuevos. Aquel ser de ultratumba seguía con una mano en el bolsillo de la levita y ahora…, ¡ahora sonreía!

Bueno, exactamente no puede llamarse sonrisa a aquella mueca diabólica con que les parecía anticipar la muerte. Pero lo cierto es que los restos de sus labios estaban separados y les mostraba los dientes.

Los tres hombres quedaron paralizados por el asombro y el horror, mientras lanzaban un rugido que les pareció llegaba desde muy lejos, como si no lo hubieran provocado ellos mismos.

Luego reaccionaron. Habían estado paralizados por el miedo, pero al fin y al cabo eran hombres de acción.

Uno de ellos sacó el revólver con movimiento centelleante. Los otros dos le imitaron.

Pero ninguno llegó a apretar el gatillo.

De pronto, la mano que el hombre tenía oculta dentro de la levita se movió ligeramente, y de la misma tela empezaron a brotar fogonazos. Los tres forajidos se dieron cuenta, en el mismo momento de recibir las balas, de que les acribillaban con un «Derringer», modelo múltiple. Ninguno tuvo fuerzas para disparar una sola vez.

Recibieron plomo en la cabeza, el cuello y el corazón, con tal exactitud que los impactos parecían medidos con compás. Los tres cayeron aparatosamente hacia atrás, quedando casi en las mismas posturas y con las manos agarrotadas sobre los revólveres.

El hombre vestido de negro se movió entonces.

Dejó al caballo libre, y éste se alejó en dirección a Ponca City. Aquel extraño espectro que acababa de disparar se alejó hacia la

casa.

Como antes la mujer, caminaba sin hacer ruido, igual que si flotase en el aire.

Desapareció en las tinieblas.

CAPÍTULO VI

Debían ser las nueve de la mañana cuando un jinete cubierto de polvo y fango, lo que indicaba debía haber galopado durante toda la noche, llegó a la calle principal de Ponca City y se detuvo ante la puerta del único hotel.

El dueño estaba en el umbral, mordisqueando un palillo y acordándose de aquel monumento, de Judith Taylor, que se había marchado hacía apenas un cuarto de hora.

Estaba pensando seriamente en poner el libro registro sobre su mesilla, para poder ver la firma de Judith todas las noches, cuando vio avanzar al forastero.

Era un tipo alto, delgado y fuerte, que tenía los ojos negros y no debía haber cumplido aún los treinta años.

—Hemos galopado durante toda la noche, ¿eh, amigo? —preguntó el hotelero—. ¡Vaya ganas de viajar con ese tiempecito de brujas!

—Sí, pero ahora ha salido el sol y promete hacer un magnífico día.

El forastero tenía la voz un poco metálica y chimante, pero a pesar de todo resultaba agradable. —¿Qué se le ofrece?— preguntó el hotelero.

—¿Podría bañarme y desayunar aquí?

—¡Hum! Pues claro…

—Y mi caballo también necesitará agua y una buena ración de grano. No ha parado en toda la noche.

—Lo atenderemos mejor que a usted. Los caballos son nuestros mejores clientes.

El forastero entró y dijo:

—Me llamo Rackett, Johny Rackett, y vengo de la frontera de

Alabama. Tengo prisa por llegar pronto a mi destino. ¿Dónde puedo bañarme?

—Por suerte, tenemos ya preparada el agua caliente. Acompáñeme.

Llevó al forastero al mismo sitio donde se había bañado Judith, lo cual le hizo turbarse al recordar a la muchacha. En una habitación contigua estaba el agua caliente, y él mismo se encargó de ir llenando la pila mientras el forastero se desnudaba.

Era un tipo todo músculo, y en cuyo pecho se apreciaban dos cicatrices de heridas de cuchillo o sable, seguramente causadas durante la guerra.

Mientras Johnny Rackett se enjabonaba, el hotelero se quedó allí para echarle luego por encima el agua caliente.

Encendió un cigarro.

—Es casualidad —dijo—. A Ponca City llegan pocos forasteros si no es en la diligencia, y en el plazo de unas pocas horas han llegado dos, los cuales han pedido ante todo un baño.

El forastero alzó la cabeza.

—¿Quién era el otro?

—Una mujer.

—¿Una… mujer?

—Oiga, ahora que pienso. A lo mejor es usted el tipo del cual me habló. ¿Hacia dónde se dirige?

—Hacia una casa que está situada a unas doce millas de aquí.

—¿La Casa de los Siete Ahorcados?

—¡Menudo nombrecito! ¿Así es como la llaman?

—Ya tendrá motivos para enterarse, ya… Seguro que usted contestó a un anuncio puesto por el reverendo Payton.

—Sí.

—Pues a la casa ha ido también una mujer. ¡Y qué mujer! De las que uno no se quita de la cabeza en treinta años, amigo. Precisamente pensaba en ella cuando usted ha llegado. Acababa de marcharse.

—¿Adonde?

—Pues… ¿Adónde va a ser…? A la casa.

—¿Sola?

—Ha dicho que no necesitaba a nadie.

Johnny hizo un gesto de preocupación, pero enseguida pareció

recordar algo que le tranquilizó.

Bueno de todos modos la cosa no tiene importancia. Allí hay tres mexicanos de toda confianza.

—Había, amigo. Los tres mexicanos fueron asesinados.

—¿Qué dice?

—Lo que oye. Y no hablo por hablar.

Johnny Rackett se puso en pie, tomó un balde de agua templada y se la echó él mismo por encima, disolviendo el jabón que cubría su musculoso cuerpo.

—Pronto, algo para secarme. Me largo.

—¿A la casa?

—¿Dónde, si no? Supongo que es cierto eso que dice de que los criados mexicanos fueron asesinados.

—Y tan cierto, amigo.

Johnny se secó y empezó a vestirse rápidamente, peinándose a continuación ante un espejo.

—¿No quiere desayunar? —preguntó el hotelero—. Llegará casi al mismo tiempo que la chica. Ella iba en un coche cubierto y bastante pesado, mientras que usted lleva un buen caballo.

—Pero el pobre está muy cansado. Prepáreme un bocadillo y lo tomaré mientras cabalgo. No tengo tiempo para más. ¡Ah! Y ponga en la silla del caballo una buena botella de *whisky*.

Momentos después, Johnny Rackett galopaba en dirección a la Casa de los Siete Ahorcados.

Lo primero que vio fue aquella auténtica montaña de cadáveres.

Había ido siguiendo el rastro de las huellas del carromato, por lo que no le fue difícil encontrar la casa. Pero una vez cerca de ella, tuvo que detener el caballo.

De día, todos aquellos muertos tenían un aspecto incluso mucho más siniestro que de noche.

Johnny se acercó a la zanja que Randall había dejado a medio concluir, tomó la pala y empezó a ahondar en la tierra blanda, haciendo sitio para los muertos.

Había casi terminado su trabajo cuando tuvo la sensación de que alguien lo estaba observando.

Levantó la cabeza de pronto y vio a la mujer. La mujer estaba en el porche de la casa, envuelta en su estallante vestido rojo. Llevaba un rifle en las manos, pero ése era el último detalle en que uno se

fijaba.

Johnny admiró la línea rotunda de las caderas y la gracia del nacimiento de las piernas, que el vestido dejaba al descubierto. Al llegar a los ojos de la muchacha, lanzó un silbido.

Ella preguntó con voz helada:

—¿Quién es usted?

—Me llamo Johnny Rackett.

—El nombrecito no me dice nada. ¿Quién le envía?

—Soy, por decirlo así, uno de los empleados del reverendo Payton. Supongo que usted es algo parecido.

La muchacha bajó poco a poco el cañón del rifle.

—No me ha gustado lo del silbido —suspiró.

—En vez de silbar yo le hubiese dicho algo muy grueso —contestó él—, pero no me he atrevido a causa de los muertos.

—Ah… ¿Le infunden respeto? Menos mal que es usted un hombre de principios, Johnny. Ha dicho que se llama Johnny Rackett, ¿verdad?

—Eso es.

—Puesto que vamos a ser compañeros, me presentaré. Yo me llamo Judith Taylor y vengo de Houston, en Texas.

—Estuve una vez allí. Yo vengo de Alabama.

La muchacha dejó el rifle apoyado en una de las columnas del porche y descendió poco a poco los peldaños. Verla era como contemplar los movimientos ondulantes de una sirena. Johnny tragó saliva.

—¿Estaba usted sin trabajo? —preguntó ella.

—Algo parecido. Fui herido en la guerra, y cuando salí del hospital no sabía qué hacer ni adonde ir. Entonces leí el anuncio del reverendo Payton.

—Si es de Alabama lucharía en las filas del Sur —dijo ella—. ¿En qué regimiento?

Johnny hizo un gesto y pareció respirar con dificultad.

—No luché en el Sur —confesó—. Estuve en Alabama como fuerza de ocupación. Hice toda la guerra en la Caballería del Norte.

—¿De modo que es… un cochino nordista?

El clavó la pala en la tierra, sin mirarla, pero notó que las facciones de la muchacha estaban casi tan rojas como su vestido.

—Lo siento —musitó—. Adivino que usted es una mujer del Sur.

Y seguramente eso creará dificultades en nuestro trabajo, ¿no?

—Odio a los nordistas… —dijo roncamente ella—. Los odio con toda mi alma, con todo mi corazón. Antes de la guerra nosotros éramos una familia rica, distinguida, poderosa… Las tropas salvajes de Sherman acabaron con todo. Entraron a saco en las ciudades, del Sur y no dejaron nada, ¿entiende? ¡Nada! Sólo la tierra yerma y reseca, donde ya no volverá a crecer el algodón. Desde entonces he maldecido a los del Norte y por eso le digo: ¡Lárguese, Rackett! ¡Lárguese antes de que vuelva a por el rifle y le clave una bala entre los ojos!

El la miró fijamente, con la pala clavada en tierna, sin alterarse por la excitación de la muchacha.

Así, con el busto palpitante, con los labios temblorosos, estaba mucho más bonita.

—Lo siento —dijo—. Yo no formé parte de las tropas de Sherman.

—¡De todos modos, váyase!

—Déjeme al menos dar sepultura a estos muertos.

Ella no contestó. Volvió poco a poco sobre sus pasos y quedó detenida junto al rifle.

—¿Los ha visto usted al llegar? —preguntó él al cabo de unos minutos de silencioso trabajo.

—Sí, pero no sabía de qué se trataba. Me he quedado tan sorprendida como usted, a pesar de haber oído ya decir que aquí habían ocurrido unos asesinatos.

Johnny empezó a colocar con cuidado los cuerpos.

—Le ha informado el hotelero, ¿no?

—Sí. Y, por lo visto, tenía razón.

—Entonces le habrá explicado también lo de aquel matrimonio muerto hace años…, que algunas noches aparece por aquí.

Johnny alzó la cabeza.

—Sí, me lo ha explicado.

—Yo no lo creía.

—¿Qué quiere decir «no lo creía»? ¿Tal vez es que lo cree ahora? ¿Por qué ha hablado con esa voz tan extraña?

—No. Dejémoslo.

—Le ruego que me conteste. ¿Es que tal vez lo cree ahora? ¿Qué infiernos sucede?

Ella dijo con un soplo de voz:

—Al llegar aquí, he procurado armarme de valor y he estado registrando la casa.

—¿Y… qué?

—Hay un sótano —añadió Judith con voz insegura—. Y en el sótano existen dos tumbas.

CAPÍTULO VII

Johnny quedó quieto, extrañamente quieto, con uno de los cadáveres a medio levantar entre sus brazos.

—¿Qué dice? —susurró al fin.

—Estoy segura. Lo he visto yo misma.

Johnny fue a decir:

—Eso es…

—¡Eso es prodigioso! —se oyó retumbar una potente voz—. ¡Han llegado ustedes a tiempo! ¡Confieso que no lo esperaba!

Los dos volvieron sus cabezas a un tiempo, sorprendidos, y vieron avanzar a un hombre. Lo vieron, pero no lo oyeron, porque el individuo caminaba sin ruido y como si flotase en el aire. Debido a ello y al interés de la conversación en que estaban sumidos, ni Johnny ni Judith habían advertido su presencia.

El hombre iba vestido de negro, llevando un cuello de celuloide blanco. Era alto, delgado, y tendría unos cincuenta años. Todo en él era huesudo y un poco lúgubre, pero ambos comprendieron enseguida que se hallaban ante el reverendo Payton.

—Les felicito —comenzó diciendo—. Ustedes…

De pronto se dio cuenta de que Johnny trabajaba en una zanja, y de que ésta se hallaba ya repleta de cuerpos sin vida. Lanzó un respingo, y por un momento pareció como si los ojos se le fuesen a saltar de las órbitas.

—¿Qué es eso? —farfulló.

—Ante todo permita que nos presentemos —dijo Johnny con calma—. Yo soy Johnny Rackett, y aquella señorita es Judith Taylor.

—¿Dónde están los tres mexicanos? ¿Dónde están Carlos, Ramiro y Leonor?

—Si se molesta en mirar mejor la fosa, los verá. No creo que vayan a moverse del sitio.

El reverendo Payton cerró un momento los ojos, y cuando volvió a abrirlos parecía haber pasado por ellos como una grisácea nube de tormenta.

Sus facciones estaban demudadas, y en el dibujo de su boca se marcaba ahora claramente una expresión de horror.

—¿Qué ha ocurrido? —pudo musitar al fin.

—Resulta difícil explicarlo, señor Payton —contestó Johnny—. Es algo muy extraño.

—¿Quién ha matado a los tres hermanos que habían venido desde México? ¿A quién pertenecen… los otros cadáveres?

—Por lo que he podido deducir de las posturas de los cadáveres y del tiempo que llevaban muertos —explicó Johnny—, Carlos, Ramiro y Leonor fueron sorprendidos por cuatro forajidos muy famosos en todo el Oeste central, los hermanos Burlington. Es imposible decir con qué propósito venían esos pájaros a la casa, pero debía ser por algo importante. Balearon a traición a los mexicanos y luego…, alguien los baleó a ellos. Debió ser una sola persona, a juzgar por las direcciones de los impactos. Posteriormente vino un hombre sólo montado en un caballo; he observado sus huellas. Debió ver los muertos y empezó a abrir una zanja para sepultarlos, pero mientras estaba en esa tarea fue sorprendido por otros tres forajidos de los que infestan esta región después de la guerra. Éstos venían a pie, según he visto por las huellas, y probablemente, querían robar el caballo. Siguiendo los viejos y salvajes métodos de la pradera, liquidaron al pobre hombre y entonces… alguien los exterminó a ellos. Debió ser también una sola persona, a juzgar por la trayectoria de los impactos.

—¿La misma persona?

—Yo creo que no —dijo Johnny—. Otra.

El reverendo Payton, que debía conocer muy bien todas las artimañas y trucos del Oeste, se había puesto a husmear por los alrededores. Ahora, su expresión de terror había desaparecido, siendo sustituida por una expresión de indio al acecho. Observó las huellas una a una.

Luego alzó la cabeza.

—En el primer caso se trataba de una mujer —dijo—, y en el

segundo caso un hombre. Llevaban calzado bastante antiguo.

Judith susurró:

—Sí… Eso creo.

Se produjo entre los tres un silencio violento, pesado, angustioso. Un silencio tan intenso que hasta podían oír el ritmo de sus propias respiraciones.

Fue el reverendo Payton el que primero se atrevió a hablar:

—¿Ustedes dos conocen la leyenda de esta casa? —preguntó.

—¿Qué leyenda?

—La de sus antiguos habitantes.

—La oímos contar en la población —dijo Johnny, lentamente—. Por lo visto es una cosa muy popular y sabida aquí desde los últimos tiempos de la guerra. Lo que falta saber es si se trata verdaderamente de una leyenda. Esos cadáveres parecen indicar que es algo mucho más serio.

—Yo no sabía nada —dijo el reverendo Payton—, y estaba seguro de que éste sería un lugar donde nuestros espíritus podrían sentirse tranquilos. Pero por el camino he oído ya lo que se dice sobre esta casa. Me parece sencillamente increíble, y sin embargo, estos muertos significan que hay algo. Yo también me he dado cuenta de que varios de ellos han sido exterminados por una sola persona. Siempre he vivido en el Oeste y entiendo tanto de versículos de la Biblia como de impactos de bala.

—Por si les puede ser de utilidad —dijo Judith con un soplo de voz—, hace un momento explicaba a este… caballero que en la casa hay un sótano, y que en ese sótano he descubierto dos tumbas.

El nuevo dueño no se impresionó demasiado, tal vez porque sus actividades le obligaban a estar en contacto diario con la muerte.

—Vamos a verlas —se limitó a decir.

Entraron en la casa, cuyas habitaciones estaban muy ennegrecidas por el pasado incendio, pero habitables aún. En el vestíbulo vieron el sencillo equipaje —casi todo consistente en herramientas— que habían traído los tres hermanos mexicanos. Judith señaló la entrada de los sótanos, a los que se llegaba por unas sórdidas escaleras de piedra.

Aquellos sótanos consistían en una gran habitación cuadrada, de paredes de piedra, sin ninguna luz exterior. Judith había dejado antes una lámpara de petróleo que todavía se encontraba allí. En la

habitación sólo había unas cuantas maderas y sacos vacíos, y en el suelo dos tumbas cubiertas por dos lápidas iguales. A simple vista ya se apreciaba que aquellas lápidas eran viejas y que parecían no haber sido removidas en mucho tiempo.

Se acercaron a ellas y leyeron en silencio las inscripciones que eran muy sencillas. En una lápida decía sencillamente:

«Christophorus, 1836», y en la otra: «María, 1840»

—Los nombres de los muertos están inscritos en latín —dijo el reverendo Payton—, y efectivamente, se trata de cuerpos que llevan ahí casi treinta años. Quizá haya sido esto lo que ha dado origen a la leyenda de la casa, pero, desde luego, estas tumbas no han sido abiertas.

—Yo creo lo mismo —dijo Johnny.

—Y yo —reafirmó Judith—, pero cuando he bajado aquí y las he visto, he creído que no tendría fuerzas para volver a subir las escaleras. Menos mal que entonces he oído llegar a… este caballero.

El reverendo Payton se dio cuenta de que Johnny no le era simpático a la muchacha, pero se abstuvo de hacer comentarios.

Levantando sobre su cabeza el farol de petróleo, dijo sencillamente:

—Olvidemos esto y salgamos de aquí. Los muertos que hay en el exterior reclaman sepultura. Por otra parte, debemos empezar a movernos inmediatamente. Si queremos vivir, primero hemos de trabajar.

—¿Qué proyectos tiene? —preguntó Johnny mientras subían las escaleras—. ¿Quiere levantar aquí un gran rancho?

—En efecto. Ésta es buena tierra, y los grandes mercados ganaderos están cerca. Mañana llegarán a Ponca City unas cuantas cabezas selectas que he encargado, y con las cuales pienso hacer recría. Usted, Johnny, irá a buscarlas, y mientras tanto, yo habré levantado un cercado. Habremos de trabajar de firme porque no podremos contar con la ayuda de Carlos y Ramiro, que yo ya tenía prevista. Usted, señorita —se volvió hacia Judith—, hubiera contado normalmente con la ayuda de Leonor, pero ahora tendrá que hacerlo todo sola, incluso cocinar. ¿Le importa?

Judith se encogió de hombros.

—En la guerra he hecho muchas cosas. ¿Qué más da?

—De todos modos, buscaré en Ponca City alguien que quiera ayudarnos —dijo Payton—, aunque habré de andar con cuidado, porque necesito personas de confianza como eran los mexicanos. Y ahora, si no les importa, vamos a dar sepultura a los muertos. Eso es lo más urgente.

—De acuerdo —dijo Johnny.

Se pusieron a trabajar y una hora después habían concluido la siniestra tarea. La muchacha clavó una cruz que había confeccionado con sus propias manos.

A continuación pusieron manos a la obra para convertir en habitable aquella casa medio derruida.

La tarea era pesada, pero nadie se asustó. Daba la sensación de tres personas que querían reconstruir sus vidas y sabían que para eso necesitaban empezar con fuertes sacrificios. Judith se encargó de los detalles, mientras el pastor y Johnny hacían las tareas más pesadas. A mediodía, la muchacha preparó una frugal comida e inmediatamente reanudaron el trabajo. Cuando llegó la noche, estaban reventados y se dieron cuenta entonces de que apenas habían cambiado media docena de palabras.

Entonces cenaron y el reverendo Payton dispuso de una habitación para cada uno de ellos.

—Usted, Rackett, dormirá cerca del vestíbulo —dijo—. La señorita a continuación, y yo en la última de las habitaciones. No tenemos camas, pero hay unas viejas colchonetas y mantas. Por una noche será suficiente.

—Lo que es yo dormiría sobre un colchón de clavos —dijo Johnny—. No me tengo en pie.

—Ni yo —gruñó el pastor—. Pero de todos modos, mañana procuraré comprar tres camas de hierro en Ponca City. Yo creo que encontraremos baratas algunas de las que pertenecieron al Ejército.

Las preocupaciones de Judith parecían ser otras.

—¿No montaremos ningún turno de guardia? —preguntó.

—No creo que sea necesario —dijo el pastor—. En todo el día no se ha visto a nadie, y eso que la llanura es lisa como la palma de una mano. Pero si quieren tener un revólver a su alcance, yo no me opondré.

La muchacha hizo un gesto que indicaba no se sentía muy

segura, y Johnny la tranquilizó.

—Como yo duermo junto a la entrada, oiré cualquier ruido. No tenga miedo; soy más hábil que un comanche para percibir los rumores de la pradera.

Después de estas palabras, se retiraron todos. Diez minutos más tarde, se oían los ronquidos de Payton.

Johnny y la muchacha estaban tan cansados que no tardaron tampoco en cerrar los ojos.

Pasó una hora, dos…

Luego, de pronto, como un susurro casi inaudible, llegó a la casa el rumor de varios caballos que avanzaban por la llanura.

Johnny no oyó ese ruido. Estaba demasiado dormido para oírlo.

Y tampoco oyó el otro ruido que se produjo, pero éste dentro de la casa.

El ruido causado por los zapatos de una mujer al avanzar poco a poco y de una forma extraña, como si flotasen en el aire.

Unos zapatos de tipo muy antiguo.

CAPÍTULO VIII

Los jinetes eran cuatro y avanzaban en guerrilla, distanciados unos de otros como si no quisieran ofrecer blanco. Se reagruparon al llegar a unas doscientas yardas de la casa.

El que parecía mandarlos, pues fue el que hizo señas para que se aproximasen, era un tipo de unos treinta años, alto, vestido de negro y con una barba también completamente negra.

Aquel hombre se llamaba Slim, y había tenido el gusto de ver muchos retratos suyos hacia el sur del estado, pero todos con una cifra debajo cada vez más •alta.

Ahora parecía satisfecho, y por encima de su barba se insinuaba una sonrisa.

—La casa está a unas doscientas yardas —dijo Tucker, su lugarteniente—. Seguro que nadie nos ha oído llegar.

—En eso he confiado desde el primer momento. La tierra está muy blanda.

Otro de la cuadrilla se aproximó más.

—De todos modos, mejor será que de aquí en adelante pongamos paños a los cascos de los caballos… —aconsejó.

—Más sencillo aún —opinó Slim—. Dejaremos los caballos aquí y nos aproximaremos a pie, quitándonos las espuelas.

Tucker miraba recelosamente la casa, en cuyas ventanas no se advertía ningún resplandor.

—¿Estás seguro de que han llegado ya? —preguntó.

—Seguro. Los informadores de Ponca City no han podido engañarnos. Incluso mañana tenían que llegar unos sementales consignados a nombre de Payton. Esos tipos ya están ahí y han empezado a trabajar…

—Pero ahora duermen.

—De eso pienso valerme —rió Slim.

Sus compañeros rieron también silenciosamente y desmontaron, atando los cuatro caballos a un mismo árbol. Hecho esto se despojaron de las espuelas para que ningún sonido les delatara en su avance hacia la casa.

Tucker preguntó de pronto:

—Todavía no estoy muy seguro de lo que vamos a encontrar ahí, Slim. ¿Qué nos jugamos en este golpe? ¿Por qué hemos venido hasta aquí?

—Quedamos en que eso se discutiría más tarde, Tucker.

—Es cierto, pero tú siempre nos has tenido al corriente de las operaciones, y entre todos hemos decidido si valían la pena o no. Al salir de viaje nos dijiste que iba a ser el mejor golpe de nuestra vida. ¿Por qué? ¿Qué esperas encontrar en aquella casa? Desde luego, no tiene aspecto de ser un banco…

—Como si lo fuera.

—Explícate mejor —pidió Tucker.

Slim hizo un gesto de impaciencia.

—No hay ninguna necesidad de perder ahora el tiempo con conversaciones, pero puesto que queréis saber qué es lo que buscamos, os lo diré. Esa casa es un depósito de oro.

—¿Cómo…?

—Cuando los del Sur vieron perdida la guerra, decidieron ocultar parte de los fondos de la Confederación en un lugar donde no pudiera encontrarlos nadie. Esa casa abandonada, medio consumida por un incendio y batida por la artillería, les pareció un sitio ideal. Llegaron con un carromato entero lleno de lingotes, pero en la casa estaban tres nordistas que iban a instalar allí un observatorio de la artillería.

—Un momento. ¿Cómo sabes todo eso?

—Torturé y maté luego a uno de los generales del Sur que habían ordenado aquella operación —dijo sencillamente Slim.

—Muy bien. Sigue.

—Cuando los cuatro sudistas encargados de enterrar el oro vieron tres enemigos allí, comprendieron que de ningún modo podían dejar testigos a sus espaldas. Y entonces, como habían logrado atraparlos por la espalda, los ahorcaron.

—¿Por qué precisamente ahorcados?

—En parte para no hacer ruido de disparos, y en parte para así rodear la casa de un ambiente de terror.

—Muy bien —dijo Tucker—, pero según parece, los cuatro sudistas fueron ahorcados también. ¿Quién los despachó a ellos?

Slim se mordió el labio inferior.

—Ése es un punto que no he logrado entender del todo —dijo—, pero lo más probable es que los hiciera sacrificar el mismo general que les había dado la orden, a fin de que no pudieran revelar nunca dónde estaba el oro. Algo parecido a los piratas que decapitaban a los que les habían ayudado a enterrar los tesoros, para que luego no pudiesen comunicar a nadie su emplazamiento. En una guerra tan cruel como la que ha terminado hace poco, todas esas cosas son comprensibles.

Tucker y los otros dos tipos escuchaban con el mayor interés impreso en sus rostros.

—Pero ¿por qué le dio por ahorcarlos? —volvió a preguntar Tucker, a quien aquella circunstancia, por lo visto, obsesionaba.

—Por lo mismo que colgaban de una viga los tres nordistas. Para crear un clima de terror en torno a la casa. Y en realidad nadie se había acercado a ella… hasta ahora.

—¿Quién es el reverendo Payton?

—Un despistado. Compró la casa en una subasta a la Administración militar de los nordistas, como podía haber comprado otra situada a cien millas de distancia. Ni siquiera imagina lo que está oculto allí.

—¿Y qué pretende?

Slim rió burlonamente.

—¡Imaginadlo! ¡Crear un rancho cuando seguramente está durmiendo sobre un millón de dólares!

La cifra hizo lanzar un respingo a los otros tres.

—¿Somos los únicos en saber esto? —preguntó con ansiedad uno de los del grupo—. ¿Los únicos?

—No —reconoció Slim—. La noticia no era exclusiva, desgraciadamente. Lo saben también los Burlington, incluso llegaron un día antes que nosotros.

—Pero… —comenzó a decir Tucker.

—Sí, ya sé lo que vas a decirme: Los hermanos Burlington están muertos y no se sabe exactamente quién los mató. Pero ¿por qué

vamos a preocuparnos de eso? Eran cuatro rivales de cuidado y están bajo tierra. ¿Por qué vamos a pensar más en ello?

—Es que yo he oído decir algo sobre esta casa —farfulló Joe, otro de los del grupo—. Algo sobre un hombre y una mujer que la habitaron en otro tiempo y que…

—¡Ya está! —farfulló Slim—. ¡La famosa leyenda de los siete ahorcados! ¿Pero vais a creer eso? ¿No os he explicado que lo único que pretendieron con aquellas ejecuciones fue crear un clima de terror? ¿De qué hombre y qué mujer de otro tiempo estás hablando?

—Entonces, ¿es completamente seguro que no existen esos seres de ultratumba?

Slim lanzó una ronca maldición.

—Pero ¿vais a creer una fábula semejante, imbéciles? ¡Es absolutamente seguro que esos dos seres de ultratumba no han existido nunca! ¡Vamos! ¡Adelante…!

Desde una de las ventanas de la casa, dos ojos extrañamente quietos les vieron avanzar.

Pero ellos no se dieron cuenta.

La mujer vestía de negro y con ropas muy antiguas, que no habían sido usadas, por lo menos desde treinta años antes. Aquellas ropas estaban deshilacliadas y como carcomidas. Sólo al verlas, ya se tenía que pensar por fuerza que habían salido de una tumba.

El rostro horrible se movía entre las sombras de la casa, como una pesadilla.

La mujer pasó ante los tres dormitorios y se detuvo en el último de ellos, en el que correspondía a Johnny Rackett.

Johnny dormía pesadamente, sin darse cuenta de nada. La luz lunar penetrando por una de las ventanas, daba sobre su rostro.

Una extraña sonrisa, que en aquel rostro pareció diabólica, se fue formando poco a poco en los labios de la mujer.

Lejos, en la llanura, se oyó muy suavemente el relincho de un caballo, y luego el cocear impaciente de unos animales atados a un árbol.

Transcurrieron unos minutos.

Un revólver, calibre pesado, apuntó entonces cuidadosamente a la cabeza del dormido Johnny.

Un dedo se cerró cuidadosamente sobre el gatillo.

Y sonó un disparo.

Capítulo IX

El ruido de unos pasos furtivos al sonar cerca del porche, había alterado en el último segundo el pulso de la mano que empuñaba el revólver. La bala, que iba destinada al centro de la cabeza de Johnny, le rozó solamente, produciéndole en todo el cuerpo como un espantoso calambre.

La sangre que había brotado de la rozadura le saltó a los ojos. Johnny dio dos vueltas sobre sí mismo, instintivamente, sin despertar del todo aún. Pero cuando abrió los ojos no vio absolutamente nada, porque la sangre le cegaba.

No obstante, aquellas dos vueltas rapidísimas sobre sí mismo le salvaron la vida.

El revólver volvió a disparar otra vez, ahora con demasiada premura, y las balas no lograron alcanzar a Johnny, gracias a aquellas dos vueltas.

Aturdido, sin saber aún si estaba vivo o en los umbrales de la muerte, el joven se arrancó de un manotazo la sangre de los ojos. Vio, en principio, extrañas sombras, porque la luz lunar daba sobre él. Luego distinguió confusamente a la mujer en la puerta.

—¡Cielos!

La exclamación partió de la garganta de Johnny, sin que él mismo se diera cuenta. Aquel rostro horrible, aquellos ojos satánicos le miraron desde más allá de las tinieblas. Pero fue solo un instante, porque de pronto, toda la casa pareció conmoverse.

¡Alguien disparaba a mansalva desde las puertas y ventanas! Un grupo de asesinos, que había entrado, decidido a matar.

Slim, Tucker y sus dos acompañantes habían llegado al porche, y creyendo equivocadamente que los dos disparos del interior de la casa, iban dirigidos a ellos, no perdieron el tiempo en florituras.

Con dos revólveres cada uno, empezaron a gatillear desesperadamente.

Los diminutos pedazos de cristal que aún quedaban saltaron hechos polvo. Las puertas se abrieron de golpe y las ventanas saltaron de los marcos donde estaban encajadas.

El reverendo Payton, que no llevaba armas, fue a salir de su habitación y sintió de pronto que una bala le arrancaba cabellos de la cabeza. Volvió a entrar en el cuarto y se pegó allí, en un rincón, como si estuviese muerto. Aquella inmovilidad le salvó, porque los dos hombres que rociaron con plomo la habitación, desde la puerta, no llegaron a verle.

Se oyó en el corredor el grito de Judith Taylor.

Johnny, al oír el alarido de la muchacha, no supo lo que ocurría. Tomó un revólver y sin ceñirse el cinto canana, pues no tenía tiempo para nada, saltó hacia el corredor. Casi de narices a boca tropezó con un hombre que iba a entrar en la habitación.

Los dos lanzaron a la vez un grito de rabia, tirando frenéticamente, pero Johnny fue más rápido.

Logró desplazar a su enemigo con un golpe de rodilla y sintió la quemadura del plomo al rozarle la cadera, pero el proyectil que él acababa de disparar voló de abajo arriba la cabeza de Tucker.

Inmediatamente se dejó caer, llegando al suelo incluso antes que el cadáver de su enemigo. La maniobra le salvó la piel, porque dos hombres habían disparado contra él, desde la puerta de la casa.

Johnny, desde el suelo, hizo fuego, pero no los alcanzó. Los tipos no eran novatos y habían sabido abrirse en abanico a tiempo. Dispararon a su vez y Johnny tuvo que parapetarse tras el cadáver.

Pero ahora los hombres de Slim sabían que había fallado la sorpresa y que se enfrentaban a un tirador de primera clase. Agazapados, corrieron hacia la puerta, mientras Slim mismo saltaba por una de las ventanas.

Johnny corrió en zigzag.

Dos balas le fueron siguiendo, haciendo zigzag como él, pero en sentido inverso, y astillaron las puertas que daban al pasillo. Nerviosamente, sabiendo que todo era cuestión de segundos, vació contra las dos sombras todo el tambor de su revólver. Vio que uno de los dos pistoleros se tambaleaba y supo que le había alcanzado mortalmente, supo que ya no se levantaría más.

Los otros dos salieron al porche haciendo eses, mientras intentaban perderse entre las sombras.

Slim, el jefe, era uno de ellos.

Llegaron a una zanja y saltaron al fondo, convencidos de que aquello era una especie de trinchera que los libraría de las balas. Corrieron durante unas yardas, con los revólveres preparados.

Y de repente vieron aquello.

Quedaron un instante paralizados, con todos los músculos en tensión, sintiendo que se les helaba la sangre en las venas.

La mujer, o aquello que en otro tiempo había sido una mujer, estaba allí.

Allí estaba su vestido negro, sus zapatos anticuados, su rostro horrible y un manguito de piel donde se ocultaban sus dos manos.

Slim aulló:

—¡A ella, Percy, a ella! ¡Hay que acribillarla…!

Las palabras quedaron angustiosamente muertas en sus labios, cuando del manguito de piel comenzaron a brotar llamaradas. Demasiado tarde comprendió Slim que, debajo del manguito de piel, las dos manos empuñaban ya un revólver. Las balas fueron a su encuentro y les atravesaron rectamente el corazón y la cabeza.

Los dos hombres cayeron al mismo tiempo por el fondo de la zanja, casi sin tocar el suelo.

Dentro de la casa, Johnny recargó apresuradamente su revólver por si aún quedaban más enemigos y corrió hacia los caídos para convencerse de que ya no necesitaban ayuda.

Sin saber cómo, se encontró en el porche.

La luna se había ocultado entre unos jirones de nubes. Y era casi imposible ver a unas yardas de distancia.

—¡Judith! —bisbiseo—. ¡Payton!

Nadie le contestó en el primer momento. Creyó distinguir entonces un movimiento hacia el fondo del porche.

Amartilló el arma y apuntó con atención por si se trataba de un enemigo, pero la sombra blanca y alargada que se iba acercando tenía que ser la de una mujer.

Judith. Era Judith, que avanzaba hacia él, envuelta en un blanco y vaporoso camisón de noche.

Johnny tragó saliva.

Todo el olor y el sabor de la muerte que le rodeaba como una

pesadilla parecieron esfumarse en un instante.

El reverendo Payton apareció también, atreviéndose a llevar un quinqué en la mano derecha.

—¿Qué ha ocurrido? —balbuceó—. ¿Quiénes eran esos hombres?

—Déjeme el quinqué —pidió Johnny.

Lo tomó de las manos temblorosas del pastor y fue hacia el interior de la casa. No conoció al primer muerto, pero sí a Tucker, el que estaba junto a la puerta del primer dormitorio.

—Éste es un maleante que había operado casi siempre en Arizona y luego solía refugiarse en México —susurró—. Se decía que últimamente estaba en la banda de Slim. Como era un fulano de categoría, debía ser al menos su lugarteniente.

—Más allá se han oído también disparos —dijo el pastor.

Y señaló con el mentón hacia la profunda zanja que parecía partir en dos las tierras.

—Yo también los he oído —dijo Johnny—. Vamos allá.

—¿Ya no se puede hacer nada por esos dos caídos? —preguntó el pastor antes de seguirle.

—Nada; lo siento.

Judith les interrumpió.

—Dejen que me ponga algo encima. He tenido que saltar por la ventana tal como estaba, cuando he visto que venía a por mí.

Johnny volvió a mirarla y entonces tuvo que tragar saliva otra vez, pero ahora con ansiedad. La muchacha era demasiado tentadora, demasiado hermosa. Terminó cerrando los ojos.

—Venían a por todos —logró decir.

Un par de minutos después, llevando ya la muchacha una bata sobre el camisón, se acercaron los tres a la zanja. A la luz de la luna, que acababa de surgir por entre los jirones de nubes, vieron los cadáveres de Slim y su compañero.

Johnny los volvió suavemente con el pie y, acercando bien el quinqué que el pastor, situado en retaguardia, seguía llevando, les miró con atención el rostro.

—Como los otros —dijo con un soplo de voz.

—¿Qué quiere decir eso de «como los otros»? —farfulló Payton —. ¿Significa que, más o menos, las balas están en los mismos sitios?

—No —dijo Johnny—. Significa que éstos también han muerto de miedo. De asombro y de miedo a la vez.

Los tres se miraron a los ojos fijamente, como si creyeran estar viendo una pesadilla.

El pastor dejó caer el quinqué al suelo, y el aparato, al romperse, produjo una pequeña fogata.

—¿Qué horrible sentido tiene esto? —preguntó con un soplo de voz—. ¿Qué misterio se oculta en esta casa?

CAPÍTULO X

Debían ser las siete de la mañana cuando el *sheriff* de Ponca City se presentó ya en su oficina, a pesar de que a aquellas horas solía casi siempre estar durmiendo la borrachera con el retrato de alguna artista encima de la almohada.

Su ayudante, que había pasado la noche vigilando, dio un respingo al verle.

—¿Qué pasa, *sheriff*?

—Tú has estado aquí toda la noche, ¿no, pedazo de marmota?

—Sí, *sheriff*.

—¿No te has enterado de que por aquí ha pasado la banda de Slim? La componían él y otros tres hombres. Uno de ellos era nada menos que un angelito llamado Tucker.

El ayudante palideció.

—Sabía eso, *sheriff*.

—¿Y por qué no me has avisado?

—En parte por no molestarle y en parte por prudencia, *sheriff*. Dudo que hubiéramos podido hacer nada contra la banda de Slim. Ellos son demasiado peligrosos, y por otra parte, me enteré bien de lo que querían. Sólo buscaban información, y no iban a estar en Ponca City más allá de media hora. Se dirigían a la Casa de los Siete Ahorcados, de modo que… En fin, decidí acordarme del aquel refrán: «A enemigo que huye, puente de plata». No cometieron ningún acto delictivo aquí, e incluso pagaron las mercancías adquiridas.

—¿Sabes tú lo que iban a hacer en aquella casa?

—No, *sheriff*.

El representante de la ley se pasó una mano por la barba, que no había podido afeitarse aún.

—Iban a morir.

—¿Cómo…?

—Toda la banda, o sea los cuatro hombres, han muerto. Esta mañana, apenas amaneció, me han sacado de la cama el nuevo dueño de la casa que es un pastor de almas llamado Payton, y su ayudante, un tipo con dedos de gun-man llamado Johnny Rackett. Lo que querían decirme era esto: ya no existe Slim. Yo he sentido como si me dieran un mazazo en el cráneo.

—¿Acabaron ellos con los cuatro? Eso me parecería imposible. Slim y Tucker eran buenos tiradores y, además… Bueno, nunca daban ventajas a su adversario. Siempre atacaban por sorpresa.

—Ellos acabaron con dos hombres.

—¿Y los otros?

El *sheriff* volvió a rascarse la barba.

—¿Tú has oído la leyenda que circulaba sobre esta casa? ¿Sabes lo que dice sobre los dos seres que la habitaron antes que nadie?

—Sí. Claro que la conozco, aunque…

—No crees en ella, ¿verdad?

—Cuando me he bebido media botella sí que creo, pero cuando estoy sereno, no…

—Pues bien… —el *sheriff* hablaba con dificultad, como si le costara dar aquella noticia—. Según parece, fue una mujer la que acabó con el propio Slim y un compinche suyo. Una mujer que ya no pertenece a este mundo desde hace treinta años.

—¿Quién se lo dijo?

El de la estrella dio la vuelta a la mesa, abrió uno de los cajones y extrajo una botella de *whisky*, de la cual bebió con avidez.

—Si no me lo hubiera contado un hombre como el reverendo Payton, yo no lo creería —barbotó entre trago y trago—, pero ha sido él quien me lo ha contado todo. Y no mentía.

—¿Seguro?

—Se nota cuando un hombre está aterrorizado, amigo mío, y el pastor lo estaba. Tenía tanto miedo, que al hablar, los ojos se le salían de las órbitas. Estoy convencido de que era sincero. Hasta sus palabras me han producido a mí como un escalofrío.

—¿Y qué le ha pedido? Porque supongo que si esos dos hombres

han venido a Ponca City es por algo.

—Iban a retirar un pequeño lote de sementales, pero lo más importante para ellos era dar cuenta de lo sucedido. Y además quieren hacer averiguaciones en la casa.

—¿De qué modo?

—Pretenden obtener permiso para abrir dos tumbas que hay en el sótano. Son las tumbas de los antiguos moradores, ¿sabes? Los que se supone que aparecen por las noches… Payton es muy respetuoso con las leyes y no se ha atrevido a hacerlo por sí solo. Quiere que tú y yo estemos presentes, después de obtener el permiso del juez.

—¿Y… vamos a hacerlo?

El *sheriff* bebió un último trago, pero tan largo que por poco deja seca la botella.

—Ya he obtenido el permiso del juez. La única condición que éste impone, es que haya dos testigos.

—Seguro que no los encontramos —dijo el ayudante con un brillo de esperanza en los ojos.

—Desgraciadamente, ya los tengo, pedazo de mochuelo. Son el viejo borracho de Simmons y su sobrino Kito…

—¡Pero esos imbéciles…! —empezó a decir el ayudante.

En aquellos momentos se abrió la puerta de la oficina y entró Simmons, venía borracho, como siempre, y tras él avanzaba su sobrino Kito. El pobre muchacho llevaba colgado del costado una especie de macuto con dos botellas de *whisky*.

—¡Mis saludos, caballeros! —gritó estentóreamente, nada más entrar—. ¡Seguro que estaban hablando de mí, seguro…! Y a que deseaban que yo apareciera por esa puerta para decirme: «Hola, Simmons, ¿qué tal te vendría un trago de *whisky*?»

El *sheriff* escupió al aire.

—Se equivoca, amigo. Precisamente pensaba preguntarle qué tal le vendrían dos días de arresto.

—¿Arrestarme…? ¿Por qué?

—Por vagancia y por alcoholismo agudo. Es usted el tipo de la ciudad que bebe más que yo.

—¡Pero, *sheriff*! ¡Yo trabajo! ¡Sabe que me paso el día y la noche buscando una mina! ¡Que se muera mi sobrino si no es cierto!

Kito hizo ademán de romperle una botella de *whisky* sobre la

cabeza, pero se contuvo en el último momento.

—¿Y esperas encontrar la mina de oro en las tabernas, mamarracho? —Gruñó el ayudante—. No sé para qué aguantamos en Ponca City a un taruguista como tú. Además… ¡menuda faena nos has hecho!

—¿Hacer yo una faena a dos dignos representantes de la ley? ¡Dios me libre! ¿De qué se me acusa?

—¡De haberte ofrecido a ir como testigo a la Casa de los Siete Ahorcados, imbécil! Si el juez pedía dos testigos, lo mejor hubiera sido no encontrar ni uno en toda la ciudad. Así nos habríamos librado del mal trago. Pero ¡quiá! El viejo borracho Simmons, que nunca oye nada, resulta que oye lo de los testigos y se presenta. ¡Como eso de las tumbas es verdad, te vamos a dejar a ti sobre las losas, hasta que llegue la noche y éstas empiecen a levantarse!

Simmons se pasó la mano derecha por la barba de varios días y luego miró a su sobrino Kito, que había quedado blanco.

—Yo había pensado ir por si caía alguna propineja —balbució—, pero si se trata de tumbas…

—Ahora se te ocurre pensarlo, ¿no?

—De todos modos, no vale la pena discutir —dijo el *sheriff*—. Ya tengo la orden del juez y no podemos volvernos atrás. Además… ¿es que va a resultar que tenemos miedo?

Nadie abrió la boca para decir ni que sí ni que no.

Después de unos instantes, el *sheriff* palpó una hoja de papel que llevaba en uno de los bolsillos de su camisa.

—Vamos —gruñó—. Aquí está la orden.

—¿Dónde nos esperan Payton y el otro? —preguntó el ayudante.

—En la casa.

—¿Y por qué no vienen con nosotros?

—No querían dejar tanto tiempo sola a la mujer. Porque hay también allí una jovencita, ¿sabes? En cuanto han dado parte de lo sucedido, han recogido los sementales y han salido arreando hacia allí. Aunque es de día, temían que a la muchacha pudiera ocurrirle algo.

—¿Y qué tiene que ver el que sea de día?

—Aquellos dos, ¡ejem!… aparecidos, nunca han brotado de sus tumbas más que siendo de noche. Y además, por separado. No sé a qué es debido, pero en los últimos sucesos, a pesar de que han

ocasionado una mortandad, no se les ha visto juntos.

El ayudante enfundó el revólver.

—Está bien —dijo—. Vamos cuando usted quiera, *sheriff*. A mí también me interesa hacer todo aquello mientras sea de día.

—De acuerdo.

Prestaron caballos al viejo Simmons y a su sobrino y salieron de Ponca City, al trote largo, en dirección a la Casa de los Siete Ahorcados.

CAPÍTULO XI

Dos hombres y una mujer aguardaban en el porche de la casa.

El *sheriff*, a pesar que de mujeres entendía bastante menos que de marcas de *whisky*, quedó sin respiración al ver aquélla. Su vestido rojo estaba desgarrado por un par de sitios y le venía más ceñido aún. Intentó no mirar a la chica para no caerse del caballo, pero aún así, por poco se rompe una pierna.

Los hombres eran Johnny y el reverendo Payton.

Fácilmente se veía que éste era el que estaba más asustado. Sus ojos estaban turbios y hasta le temblaba la boca.

—¿Son esos dos los testigos? —preguntó, mirando a Kito y al viejo borrachín de Simmons.

—Sí. Lo siento porque son un par de saldos —gruñó el *sheriff*—, pero no hemos podido encontrar otra cosa.

—¿Es válida la orden para abrir la tumba? Soy nuevo en la comarca y no quisiera empezar vulnerando ninguna ley —dijo el reverendo Payton.

—¡Y tan válida! —Sopló el *sheriff*—. La ha dictado el mismo juez, y precisamente sin estar borracho.

—Pues, vamos.

Johnny y la muchacha no habían despegado los labios aún, pero se miraron de una manera rara. El *sheriff* adivinó instintivamente que no eran amigos ni mucho menos.

Entraron en la casa, cuyas paredes estaban llenas de recientes impactos de bala, y bajaron al sótano. Johnny iba delante del grupo llevando un quinqué de petróleo.

—Éstas son las tumbas.

El *sheriff* se acarició otra vez la barba.

—Oigan… ¿no estamos haciendo una idiotez?

—¿Por qué?

—Estas lápidas no se han levantado hace muchísimo tiempo. El polvo y la suciedad forman costras en torno a ellas. ¿No se han dado cuenta? Me gustaría saber qué es lo que esperan encontrar aquí.

—No lo sabemos —dijo el pastor Payton—, pero precisamente por eso hay que averiguarlo. Son demasiados los hombres que han debido hacerse la misma pregunta en las últimas horas… justo cuando iban a morir.

—Está bien, pero no cuenten a nadie esto, porque vamos a hacer el ridículo. ¿Tienen herramientas?

—Sí —dijo Johnny.

Ya estaban preparadas a un lado del sótano. Un pico y un par de barras de hierro para hacer palanca.

Empezaron a trabajar y tardaron más de media hora en poder separar las losas del suelo, pues estaban sólidamente unidas a él por la suciedad y el tiempo. Antes de levantarlas, el *sheriff* se tomó un par de minutos de respiro.

—¿De veras quieren continuar?

—¿Para qué cree que hemos empezado? —preguntó Payton.

Levantaron las losas. Debajo de cada una de ellas, había un soberbio ataúd de bronce.

—Gente rica… —suspiró el viejo Simmons—. ¿Para qué querrían eso? Con lo que vale cada ataúd hay para beber durante media vida. Diablos, a lo mejor así como los indios se hacen enterrar con sus esposas, éstos se hicieron enterrar con sus botellas de *whisky*.

—Será mejor que se calle —dijo secamente Payton.

—Sí…, sí, señor.

El *sheriff* y su ayudante bajaron cada uno al fondo de una tumba —que eran muy poco hondas— y se dispusieron a descerrajar cada uno un ataúd.

Ninguno de los dos respiraba. A pesar de que habían trabajado de firme, el sudor que los cubría no era caliente, sino helado.

—¿Va? —preguntó el *sheriff*.

—¡Va!

Todos habían contenido la respiración, todos los rostros estaban ansiosos y expectantes.

Los dos ataúdes fueron abiertos a la vez, de un solo y seco golpe.

Entonces de todas las gargantas partió un mismo sonido ronco y gutural, mientras los músculos se tensaban.

¡Porque los dos ataúdes estaban vacíos!

Johnny lió calmosamente un cigarrillo, guardo la bolsa de tabaco y dijo, mirando a la muchacha:

—¿Asustada?

Ésta permitió que se reflejara en sus ojos la luz del sol. Habían salido ya al porche, y el *sheriff* y su ayudante se alejaban al trote largo, en dirección a Ponca City. Simmons y su sobrino Kito habían preferido volver andando y merodeaban aún por allí, seguramente esperando a que les invitasen a quedarse. Los sementales pacían algunos tallos de hierba y todo daba la sensación de una paz idílica, maravillosa, una paz como solo puede existir en los ranchos solitarios de la llanura.

Parecía increíble que sólo a unos metros de ellos, en el interior de la casa, estuviera sepultado aquel desconocido horror que ninguno de los dos comprendía.

Por eso Johnny insistió:

—¿Asustada?

—¿Por qué iba a estarlo? —preguntó ella con burlona expresión de desafío.

—Lo de abajo ha sido siniestro. Confieso que no esperaba aquel detalle de los ataúdes vacíos. ¿Qué cree que ha podido suceder?

—Que hasta los muertos se han ido asqueados de esta tierra, al ver que ha sido ocupada por las tropas del Norte —escupió.

El lanzó pensativamente una bocanada de humo.

—¿Por qué eres así, Judith?

—¿Cómo soy?

—Tan bonita… y tan vengativa.

—Yo no pido venganza. Es el Sur, destruido y aplastado, el que la pide. Son nuestros muertos.

—La guerra ha terminado y es estúpido fomentar viejos odios.

—Pero mis padres yacen muertos, Y mis mejores amigos también.

—¿Tu novio…?

La pregunta quedó flotando en el aire y Johnny notó que había acertado en un punto sensible al notar el temblor de los labios de la

muchacha.

—Supongo que ibas a casarte —dijo.

—Sí.

—¿Con quién? ¿Un oficial del Sur?

Ella apretó los labios.

—Sí.

—¿Dónde murió?

—En una carga de caballería, al intentar romper el sitio de Richmond.

—Pude haberle matado yo —dijo Johnny tristemente—. Pero debes comprender que él también hubiera podido matarme a mí. La guerra es un juego estúpido de hombres que se han transformado en fieras. La única virtud que tiene es que nunca sabes quién va a morir.

—Creo que hubiera sido mejor al contrario —dijo ella por entre sus apretados dientes.

Johnny dejó pasar por alto aquella ofensa.

—De todos modos —susurró— conozco a esa clase de hombres. Conozco bien a los que eran como tu novio.

—¿Sí?

—Sí, claro. Porque yo viví en el Sur antes de la guerra. Trabajé en el Sur, y conozco a los aristócratas que lo poblaban. Seguro que tu novio era un vecino, un joven de buena familia, como tú, y heredero de una cuantiosa fortuna. Tus padres y los suyos habían hablado muchas veces de vuestra boda. Tú aceptabas con agrado aquella idea, porque él era educado, distinguido y aristócrata. Pero no le querías.

Ella alzó de pronto el rostro y las finas aletas de su nariz palpitaron como si de repente le faltase el aire.

—¿Que no le quería…? —susurró.

—No. Sin ser una boda de interés, la tuya iba a ser, sin embargo, una boda impuesta por la costumbre. Tú no amabas a aquel hombre y jamás sentiste la menor pasión por él…

—¿Pretendes decir que…?

—Pretendo decir que nunca has conocido el amor, muchacha.

Ella palideció y sus labios intensamente rojos se apretaron hasta perder el color y formar una dura línea recta.

—No eres más que un miserable, Johnny Rackett. Puede que yo

no haya conocido el amor, pero tú no has conocido la dignidad nunca.

—En algo nos parecemos, muchacha —dijo él sin inmutarse.

—Me gustaría saber en qué.

—Yo tampoco he conocido el amor jamás. Y me ocurre como a ti: he empezado a conocerlo ahora.

Ella cerró los dedos con tanta fuerza sobre la baranda del porche, que quedaron blancos.

—Vete, Johnny —bisbiseó—. Vete…

—¿Te arrepientes de haber aceptado este empleo?

—Dentro de poco yo me iré también, y para no volver, pero ahora quítate de mi vista.

El dio media vuelta.

Silenciosamente fue hasta la cuadra y ensilló el caballo, saliendo con él a la llanura.

La muchacha seguía allí, quieta en el porche, como una estatua.

El galopó en dirección a Ponca City.

CAPÍTULO XII

No fue, sin embargo, en línea recta a la ciudad, sino que dio largos rodeos, trazando circunferencias cada vez más amplias en torno a la casa, para explorar el terreno, como lo hacen los indios.

Su atención se iba haciendo más intensa cuanto más se alejaba de la casa y el terreno se iba haciendo más abandonado y bravío. Con sus ojos de cazador, observaba cada relieve, cada contorno de las rocas.

De pronto descubrió algo.

Un pedazo de tierra removida de un par de yardas de largo por media de ancho.

Una tumba.

Apeándose de su caballo, Johnny se acercó a la sepultura y empezó a retirar con sus manos la Tierra, que aún estaba muy blanda. Con paciencia y con cuidado, fue realizando aquella ingrata tarea, hasta que sus dedos tocaron el cadáver. Entonces sí, que el trabajo se convirtió en algo repelente y sórdido, porque el muerto no tenía ninguna caja que lo cubriera. Menos mal que aún no estaba en plena descomposición, pues debía haber sido enterrado tres o cuatro días antes, como máximo. Johnny lo limpió lo mejor que pudo e incluso derramó sobre él toda el agua de su cantimplora, para hacerle reconocible el rostro.

Era un hombre a quien no había visto nunca.

Un hombre de unos cincuenta años, vestido solo con ropa interior —eso sí, una ropa interior muy cuidada— y cuya piel debió haber sido blanca y fina. Johnny se fijó sobre todo en sus manos, que no tenían ninguna callosidad.

¿Pero qué deducir de todo aquello? ¿Qué pensar?

Johnny no tenía por el momento ninguna idea concreta.

Había barruntado algo —una pista tan leve y sutil como una bocanada de aire— y per eso se había dedicado a investigar sobre el terreno. Pero el cadáver de aquel desconocido no hacía más que sumirle en un mar de confusiones de las que no sabía cómo salir. Todo aquello era inexplicable.

Comprendiendo que no podía hacer más que devolver la paz al muerto, puso de nuevo la tierra sobre la sepultura. Luego buscó agua donde lavarse, y encontró una charca bastante profunda media milla más allá. La aprovechó para bañarse por completo, purificándose y librándose del olor a muerto que parecía perseguirle.

Luego se secó al sol, se vistió y reemprendió el camino de Ponca City.

Como no se había dado prisa, llegó a la ciudad casi al mediodía. Le extrañó verlo todo bastante quieto… —demasiado quieto—, pero no dio a aquello demasiada importancia.

Pasó por delante de la oficina del *sheriff*, viendo a través de los cristales a éste y a su ayudante. Estaban quietos y taciturnos, con una botella de *whisky* cada uno, como si no quisieran enterarse de nada.

Johnny necesitaba también un trago y por eso se apeó ante el saloon más importante de la ciudad.

Estaba vacío.

—*Whisky* —pidió al de la barra—. Lo quiero del más fuerte, y además déjeme la botella aquí.

Fue servido y Johnny bebió dos vasos casi seguidos, pasándose luego el dorso de la mano por la boca.

Entonces vio aquellos ojos.

Eran unos ojos pequeños, astutos, y sin embargo, rasgados como los de una mujer. Resultaban inolvidables.

Johnny no había visto aquellos ojos desde poco antes de la guerra, desde que Tucson, Arizona, no era más que una ciudad fronteriza.

Desde el día que mataron a su hermano Charlie.

Se oyeron unos pasos cantadnos —el de los ojos rasgados llevaba espuelas mexicanas— y un hombre alto y delgado, vestido de negro, se plantó a siete pasos de Johnny.

Los ojos eran lo único bonito en él, porque los tenía rasgados. Lo

demás era rudo, desagradable e incluso un poco siniestro. Tenía las manos delgadas y blancas como las de un cadáver.

Johnny pensó en las manos de su hermano Charlie.

—Hola, Bud —musitó.

El tipo despegó los labios.

—Hola, Johnny.

—Creía que te habían liquidado durante la guerra.

—Yo no la hice.

—Claro, lo comprendo…

—Estuve más al Oeste, comerciando con los indios… y de vez en cuando besando a las indias.

Hubo una levísima crispación en la mano con que Johnny Rackett sostenía aún la copa.

—¿Y qué haces aquí, Bud, querido?

—¿Qué voy a hacer? Trabajar…

—¿En qué?

—Cosas…

—Tú nunca has trabajado solo, Bud. ¿Quiénes son los otros? ¿Dónde están?

—¿Por qué preguntas tanto? ¿Eres el *sheriff*?

—No… Ya sabes que yo nunca acepto empleos fijos. Pero pregunto porque sé que no eres lo bastante valiente para actuar solo. Cuando mataste a Charlie también ibas en cuadrilla.

El de los ojos rasgados los cerró un momento.

—Por lo que veo, no te has olvidado de aquello, Johnny…

—No.

—¿Me has estado buscando?

—Por todo el país, desde el Mississippi hacia el Oeste. Pero la guerra lo trastornó todo. Yo servía en el ejército y no era dueño de mis actos, no podía dejarlo todo para buscarte. Sin embargo, supe siempre que un día u otro te encontraría.

—Ese día ha llegado ya, Johnny.

Johnny llenó una tercera copa y la bebió lentamente, sin apartar los ojos de su enemigo. No obstante, ya había podido darse cuenta de que éste no tenía compinches en el local, o sea que por el momento nadie parecía guardarle las espaldas. Luego depositó lentamente la copa sobre la barra.

—¿Quieres beber, Bud?

—No bebo.

—Ya sé… Tú eres un hombre virtuoso que sólo despacha una copa de vez en cuando. Se tiene el pulso más firme cuando uno no está borracho, ¿verdad? Lo celebro por ti, Bud, pichón, querido amigo de mi alma.

—¿Vas a intentar un desafío?

—Espero que lo comprendas, Bud. Me estaba aburriendo.

—Sé que voy a matarte, Johnny, como hice con Charlie, pero te advierto que no estoy solo en la ciudad. Tengo amigos…

—Ya sé. La cuadrilla.

—El jefe te buscará las cosquillas si, por casualidad, me dejaras fuera de combate.

—¿Quién es tu jefe?

—Evans.

Otra vez hubo una levísima crispación en la mano con que Johnny sostenía la copa.

—Evans no trabaja en cualquier cosa, Bud —susurró—. Evans es la más cotizada y dulce carroña de todo el Oeste central. Si está aquí será por algo muy importante, ¿no?

—Eso creo.

Los dos hombres sabían que a partir de ahora la conversación podía romperse de un momento a otro, para empezar el tiroteo, y se espiaban los menores gestos.

—Es curioso lo que ha ocurrido con todos los jefes de banda que han aparecido por aquí —dijo Johnny.

—¿Es que han venido otros jefes de banda?

—Sí. Varios… Por ejemplo, los hermanos Burlington. Ellos fueron los primeros en llegar, si no recuerdo mal. Luego vinieron unos imbéciles que no llevaban ni caballos. Supongo que ésos estaban aquí por casualidad y no sabían lo que se traían entre manos. A continuación vino Slim con su lugarteniente Tucker y otros dos gatillos, elegidos entre lo mejor del Oeste central. Por fin vosotros… Sí, definitivamente, debe haber un buen trabajo en esta comarca.

—Seguro —dijo Bud—. ¿Y puede saberse dónde está ahora esa gentecilla tan importante que tú mencionas?

—Todos han muerto.

Hubo ahora una crispación en todos los músculos de Bud, cuyo

rostro quedó crispado.

—¿Los has matado tú?

—¡Oh, no! ¿Cómo crees que voy a ser capaz de liquidar en pocas horas a tantos profesionales del gatillo? Mi revólver no tiene tanta categoría, amigo, pero ya ha habido alguien que se ha encargado de matarlos. Lo peor es que no sé exactamente quién.

Bud estaba pálido.

—No sabía eso. Puede que Evans estuviera enterado, pero yo no. Agradezco tu información, amigo, y para premiarte te mataré del primer balazo, sin hacerte sufrir nada.

Como si no le hubiera oído, Johnny continuó:

—Pero es curioso lo que pasa con esos hombres. Todos tenían algo en común. O habían servido en las secciones de Información del ejército o tenían medios para enterarse de los secretos más importantes de la última guerra. Evans, tu jefe, por ejemplo, fue coronel de Estado Mayor con los sudistas y estuvo destinado a los servicios de espionaje. Ya entonces adquirió una triste fama porque hizo la guerra en provecho propio. Algo semejante había ocurrido con uno de los hermanos Burlington.

—No te entiendo… ¿Qué tiene eso que ver?

—Que todos habéis venido detrás de la misma presa, amigos. Y lo siento por Evans. Que un hombre de tanta categoría vaya a parar a un ataúd es siempre lamentable.

Bud tenía la sensación de que Johnny Rackett ya no era como antes, de que perdía demasiado tiempo hablando. Estaba como distraído y por eso el pistolero había ido bajando muy lentamente la mano hacia su revólver.

—Tú también vas detrás del mismo asunto, Johnny.

—Dejemos ahora eso, Bud. Estamos hablando demasiado. Hoy, ¿sabes?, es un día estupendo para arreglar la cuestión de Charlie.

—Te invito a que reflexiones, Johnny. No tengo nada personal contra ti. Aún voy a darte una oportunidad.

—La oportunidad ya la he perdido, pichón.

—¿Por qué?

—Porque tienes la mano derecha junto al revólver. Dispararás a través de la funda, según tu especialidad, apenas yo relaje los músculos, creyendo que todo está resuelto. Pero yo ya soy gato viejo, Bud. ¿Por qué no peleas noblemente siquiera esta última vez?

Piensa que ya no volverás a hacerlo.

Bud lanzó una maldición.

Llevó instantáneamente la mano hacia su revólver, recorriendo las pocas pulgadas que faltaban, e intentó disparar a través de la funda. Pero Johnny, dando la sensación de que no se movía, había pasado a la acción también.

Hizo un quiebro y saltó de costado, saliendo de la línea de tiro del revólver de Bud, que estaba en una postura demasiado tensa. Cuando Bud quiso rectificar, después de su primer disparo, fallido, ya no llegó a tiempo. Una cosa blanda y suave pareció golpearle el pecho. Sintió en su boca sabor a sangre y se derrumbó con ojos desorbitados.

Johnny sopló en el cañón del revólver, lo volteó y lo guardó lentamente.

El dueño del saloon lanzó un silbido.

—Usted también ha sido profesional del «Colt», amigo mío. Esos gestos nunca engañan.

—¡De eso hace tanto tiempo! —dijo Johnny.

Y salió del local para buscar su caballo. Había vengado a su hermano, pero no era ésa la única cosa importante. Ahora ya sabía que a Ponca City había llegado una verdadera banda.

CAPÍTULO XIII

La noche había caído casi de repente, como una amenaza, y densos nubarrones pasaban en el cielo, flotando sobre la casa.

Judith, desde el porche, miró aquel cielo gris que se iba volviendo negro por momentos.

El pastor Payton, a su lado, miró también aquel cielo pesado como una losa de plomo.

—Ha anochecido con mucha rapidez —dijo—. Es extraño…

—Son las nubes —contestó Judith con voz opaca—. Esas nubes plomizas que llenan el horizonte y han ahogado antes la luz del sol. ¿Se da cuenta de lo siniestra que es la llanura durante la noche? Da la sensación de algo inmenso que la tiene acorralada a una. Bueno, será mejor que no nos preocupemos nosotros mismos.

—Johnny tarda…

—Creí que usted lo había enviado a algún sitio. Yo le dije que no se quedase aquí, pero…

—Debe haber ido a Ponca City —dijo el pastor—. De todos modos no tenía nada que hacer allí después de haber traído los sementales esta mañana. Y, la verdad, todo esto no me gusta.

—¿Tiene miedo?

—Han ocurrido demasiadas cosas raras, y cualquiera lo tendría. Usted también; no puede negarlo.

—¿Por qué lo dice?

El pastor señaló con el mentón hacia el escote de la muchacha.

—A pesar de mi traje, me doy cuenta de las cosas como cualquier otro hombre —susurró—. Lleva usted ahí una funda de seda con un pequeño revólver de plata; probablemente un «Derringer». Si alguien se acerca con intenciones poco claras, lo emplearía. A usted, Judith, habría que cazarla por sorpresa, y eso

no es fácil.

Ella sonrió sin expresión.

—Es cierto lo que dice; llevo un revólver porque tengo miedo. Y además sé emplearlo.

—¿Se siente más segura cuando está Johnny aquí?

—¿Y qué sabemos de Johnny? —preguntó ella mirando al pastor a los ojos.

—Es cierto, no sabemos nada. Pero en este mundo hemos de confiar los unos en los otros.

—Han ocurrido cosas demasiado extrañas para que de repente, nos pongamos a confiar.

—Pero…

El pastor no pudo continuar, porque en ese momento vieron un puntito en la llanura.

—Alguien se acerca —dijo el pastor.

—Sí. Debe ser Johnny.

En efecto, era él.

Venía sudoroso y bastante cubierto de polvo, como si hubiera galopado mucho explorando los alrededores.

Su expresión no era tranquila.

—Vamos a tener jaleo.

—¿Qué clase de jaleo?

—Probablemente otro ataque como el de anoche, pero mejor organizado y efectuado por hombres que valen más.

—¿Qué dice? ¡Es absurdo…!

—¿Ha oído hablar de Evans?

—Si se refiere al pistolero, creo que sí… Creo que por desgracia he oído hablar de él.

—Está en Ponca City. Y trae a siete hombres.

—¡Es absurdo!

—¿Por qué ha de serlo? ¿No han venido otros antes que él?

—¿Pero qué hace el *sheriff*? ¡Ponca City no puede convertirse en el cuartel general de todos los forajidos del Medio Oeste!

—El *sheriff* no quiere complicaciones. Sabe que si él y su ayudante se enfrentan a Evans y otros siete pistoleros, morirán. Por eso, y ya que van a quitárselos de encima muy pronto, prefieren no moverse.

El pastor arrugó el ceño.

—Oiga, esta casa, de la que pretendo hacer un rancho, no vale tanto. ¿Qué sucede aquí?

—Esta noche lo veremos… si logramos sobrevivir.

—¿Está seguro de lo que dice, señor Rackett? ¿De veras va a atacarnos una banda?

—Ya lo verá.

En aquel momento, como si las palabras de Johnny hubieran sido una señal, dos puntitos se marcaron en el horizonte cada vez más inconcreto y tenebroso.

—Alguien viene… —dijo Payton.

—No hay que temer. Se trata sólo de dos personas y llegan a pie. Apostaría a que es aquel borracho vagabundo.

—¿Simmons? —preguntó el pastor con una repentina expresión de regusto.

—Sí, creo que sí… Y viene con su sobrino, ese pobre muchacho.

En efecto, Johnny no se había equivocado. Eran Simmons y Kito los que se acercaban caminando a través de la llanura. Venían desastrados y polvorientos, como siempre, pero además, Simmons llevaba encima una más que regular borrachera.

—¿Qué les sucede? —preguntó Payton.

—He ganado a la lotería, señor —tartajeó Simmons.

—¿Qué es eso de la lotería?

—Una vez cada tres meses se sortea en Ponca City. Antes se hacía para recaudar fondos con destino al ejército, pero ahora es el juez el que se lleva todo el matute. A mí me regalaron un número y me han correspondido mil quinientos dólares.

—¿Y todos los ha gastado en una borrachera?

—Aún me quedan mil cuatrocientos.

Y el viejo Simmons sacó un fajo de billetes, para demostrar que por aquella vez no mentía.

—Muy bien, guárdelos.

—No, señor Payton, no voy a guardarlos. Lo he traído conmigo porque quiero comprarle el rancho.

—¿Queeeee…?

—Quiero convertirme en un hombre honrado, señor Payton —gimoteó Simmons—. Pero nadie me da una oportunidad. Sé que si conservo los mil cuatrocientos dólares en el bolsillo, me durarán una semana. Éste es el único rancho sin explotar que hay en las

cercanías. Mil y pico de dólares es un buen precio por él; los otros valen mucho más. Si usted me vende la casa y los sementales, habrá ayudado a salvarse a un hombre.

—No está usted tan borracho como parecía —intervino Judith, que había escuchado en silencio.

Payton miraba a Simmons.

—Había oído decir que usted se ocupaba de asuntos de minería —musitó— y que no entendía de otra cosa.

—Tuve una mina hace tiempo, en California, pero nos la robaron. Gracias a Dios puedo dar por conservar la vida. Durante años he soñado con otra mina, pero ahora sé que el oro y yo somos incompatibles. Nunca encontraré el filón. Por eso he decidido ser un hombre con sentido común y tratar de fundar un rancho.

Johnny lanzó una carcajada.

—¿Por qué no se lo vende, señor Payton? —preguntó—. Mil cuatrocientos al contado por esta casa ruinosa y por estos sementales no es mal precio…, sobre todo si piensa que vendiendo puede tener la oportunidad de salvar el pellejo.

El pastor pareció vacilar.

—Yo tenía la ilusión de fundar un rancho… —dijo.

—Puede fundarlo en otro lugar y en una zona más tranquila. Seguro que todo esto no le ha costado mil cual rocíen tos.

—No. La casa la vendía una junta militar de liquidación y casi me la regalan. Los sementales valen seiscientos en total. Piaría un buen negocio vendiéndolo pero, esta zona me gusta. Y debía ser un lugar tranquilo.

—Ya ve que no lo es.

—¿Por qué no busca usted algo más al Oeste? —pregunto el pastor mirando a Simmons—. Conforme se avanza hacia las Rocosas, las tierras son más baratas cada vez. Diga, ¿por qué no lo hace?

—¿Pero es que no lo comprende? —gimoteó Simmons—. ¡Yo soy una piltrafa, una birria! Si no me gasto hoy el dinero en un rancho, mañana al amanecer ya me lo habré gastado en *whisky*. ¡Tiene que darme esa oportunidad! ¡Me dedicaré a criar vacas y renunciaré para siempre al oro, a pesar de que me vaticinaron cuando era niño que llegaría a millonario! ¡Le juro que me salva librándome de mis mil cuatrocientos dólares!

—¿Sabe que este rancho está maldito? —preguntó Payton—. ¿No se lo han contado?

—Yo no creo en fantasmas, amigo. Si viene alguno, le invito a un trago de *whisky* y en paz.

—Está bien, le vendo el rancho —dijo repentinamente Payton—. Se lo vendo con fantasmas y todo. ¿No se arrepentirá?

—Le pago al contado. No puedo arrepentirme.

—Está bien. —El pastor extrajo de uno de sus bolsillos una escritura con el sello del mando militar unionista—. Aquí está mi título de propiedad. Reconoceré al pie de la misma que se la cedo y en paz. ¿Quiere pasar dentro y la firmaré?

Johnny y Judith se miraron un poco asombrados, pues no comprendían cómo el pastor podía despedirse de sus ilusiones con tanta tranquilidad. Pero ambos comprendieron que era porque tenía miedo.

En una de las habitaciones, que había sido improvisada como despacho, el pastor firmó la escritura, tras apuntar en ella la cesión a favor de Simmons, y se guardó los mil cuatrocientos dólares.

—Ahora es usted el dueño de todo esto, amigo —le dijo al borrachín—, pero dudo que sepa componérselas.

Simmons miraba como obsesionado aquellas paredes semirruinosas.

—Nunca he sido dueño de nada —farfulló—. Nunca he sido dueño de nada, y le juro que todo esto me conmueve… Quisiera invitarles a algo. Pero ¿dónde están Johnny y esa muchacha?

Payton giró la cabeza alrededor suyo.

—En efecto, ¿dónde están?

Johnny y Judith habían sal ido al porche. De una manera casi instintiva, sin darse cuenta, estaban ahora cara a la noche, cerca uno del otro. Pero ambos sabían que les separaba un mundo de prejuicios y de recuerdos. Fue Johnny el que musitó:

—Según parece, vamos a separarnos, Judith. Esto se disgrega…

—El rancho ya no existe, porque no creo que Simmons consiga nada. Es simpático, pero nada más… ¿Adónde vas a ir tú?

—No lo sé. Quizá más al Oeste, donde hay tierra y venturas para todos… En cuanto a ti, no es necesario que me contestes porque sé que seguirás en el Sur. Tú amas esta tierra.

—Sí.

—Amas a esta tierra, pero jamás has amado a un hombre.

Ella dijo por entre sus dientes apretados:

—¿Y a ti qué te importa, aprendiz de pistolero?

—Me importa porque yo sí que he amado. Porque yo he conocido el amor ahora.

Tiró de la muchacha, antes de que ella se diera cuenta, y la envolvió en sus brazos. Los labios del hombre se posaron en los de la mujer con fuerza, casi con rabia, casi con odio. Johnny torturó aquellos labios a pesar de que los necesitaba, a pesar de que eran lo que más ansiaba en este mundo. Hizo daño a Judith con sus brazos a pesar de que Judith formaba parte de su vida.

Ella se desasió y le golpeó una, dos, tres veces. Le golpeó con todas sus fuerzas y con un dibujo de odio en sus labios crispados.

Johnny sonrió con tristeza.

—Lo siento —dijo—. Siento que las cosas hayan terminado así.

—Si tú te marchas, yo me quedaré —dijo ella agriamente—. Y si tú te quedas, seré yo la que me marche. Pero no volveremos a vernos, Johnny. ¡Maldito seas! ¡No volveremos a vernos nunca más!

Dio media vuelta y se adentró en la casa. Ésta se encontraba vacía ahora, pues el pastor, Simmons y su sobrino, habían salido por una puertecilla trasera para que el nuevo dueño viera los sementales.

Sólo un quinqué brillaba en el despacho, pero el resto de las habitaciones estaba oscuro y silencioso como una tumba.

—¿No tienes miedo? —preguntó Johnny.

Su voz llegaba hasta ella, cálida como una caricia pero también turbia como una amenaza.

Ella se volvió.

—¡Vete!

—Sí, Judith, me voy. Pero siento marcharme sin haber resuelto el problema angustioso de esos muertos que parecen flotar en el aire.

Dio media vuelta y ella se quedó quieta, rígida, de cara a las sombras de la casa, sintiendo que el corazón se le encogía y que una mano helada parecía posarse en su espalda.

¿Por qué había dicho él lo de los muertos? ¿POR QUE…?

Judith avanzó sintiendo cómo cada uno de sus pasos resonaba en el fondo de su propio cráneo. Tenía frío hasta en la punta de sus

dedos, a pesar de la temperatura suave de la llanura. Fuera del ruido de sus propios pasos, todo lo demás era silencio. Algo extraño y tenebroso parecía palparse en el aire de la casa. ¿Pero por qué? ¿Por qué…?

Judith abrió la puerta del que había sido su dormitorio.

La escasa luz que penetraba por la ventana lo iluminaba todo, sin embargo, iluminaba los contornos de los escasos muebles y recortaba el relieve de las cosas. Iluminaba, principalmente, aquella silla vieja que parecía arrancada de otra época, de otro siglo. E iluminaba al extraño ser que estaba sentado sobre ella. Un ser de blancas manos, vestido con deshilachadas ropas negras y cuyo rostro surcado por la muerte era como la propia imagen del infierno.

CAPÍTULO XIV

Judith fue a gritar, pero no pudo porque una mano helada pareció apretar y estrujar las fibras de su garganta. Fue a retroceder, pero en aquel momento una salva de disparos de rifle atronó la llanura.

Varias balas pasaron altas sobre la casa, pero otras se clavaron en sus torturadas paredes. Al mismo tiempo se oyó el estrépito cada vez más cercano de varios caballos lanzados al galope.

¡Era la banda de la que Johnny había hablado! ¡La banda de Evans que se lanzaba al ataque!

Aquel ser de pesadilla se puso en pie lentamente. Sus manos se movieron y por un instante parecieron ir a tenderse hacia la muchacha.

Ella pudo saltar hacia atrás, y sacó el «Derringer». Pero aquel ser de pesadilla pareció esfumarse en un recodo de la habitación. Judith no dispuso de tiempo para buscarlo.

Los pistoleros estaban ya prácticamente allí, apenas a trescientas yardas de distancia. Sin duda se habían acercado al paso, sin hacer ruido, hasta menos de media milla de la casa, lanzándose al galope y disparando todas sus armas a la vez.

Trescientas yardas no es nada, cuando uno va sobre un caballo lanzado, y Judith comprendió que los pistoleros pronto estarían allí. Hizo dos disparos con el «Derringer», apuntando fríamente y sabiendo que aquéllos iban a ser, tal vez, los últimos disparos de su vida.

Dos hombres, los dos que iban en cabeza, saltaron de sus caballos haciendo extrañas piruetas.

Pero quedaban seis jinetes, uno de los cuales era el temible pistolero Evans.

La muchacha comprendió de pronto que estaba sola, y que no

podría defender la casa. Johnny debía haber sido alcanzado por alguna bala, y en cuanto al pastor ya era sabido que no empleaba armas de fuego. Recargó febrilmente su «Derringer» mientras caía de rodillas para no ofrecer tanto blanco.

Había oído contar cosas de Evans, cosas hechas a mujeres y que dejaban como una sensación de frío en la piel. Se preguntó qué harían con ella si tenía la desgracia de que la capturase viva.

Disparó otra vez, pero no hizo blanco. Ya no podía apuntar porque la tenían acorralada y disparaban sobre ella.

¡Y los jinetes ya estaban allí!

Judith lanzó un grito de horror cuando las patas de un caballo restallaron contra el alféizar de la ventana. El jinete fue a saltar, pero la muchacha, a dos pasos, le clavó una pesada bala de «Derringer» en la boca. El hombre lanzó un aullido infrahumano y cayó hacia atrás, enviando a todas partes una rociada de sangre que incluso alcanzó a la muchacha.

Los otros cinco enemigos desmontaron en el porche.

Judith oyó sus botas taconeando sobre las tablas, acercándose a ella. Supo que estaba acorralada y que no tenía escapatoria. Podría eliminar a alguien más, pero la capturarían viva.

Fue entonces cuando vio otra vez a aquel ser de pesadilla, a aquel cadáver que parecía flotar en el aire. Los hombres de Evans lo vieron también. Todos lanzaron al mismo tiempo un mismo grito de sorpresa y horror.

Volvieron sus revólveres hacia el aparecido, pero lo hicieron con lentitud, dominados todavía por el estupor. Esa lentitud les resultó fatal.

Las manos del aparecido se movieron y empezaron a escupir llamaradas. Entonces se dio cuenta Judith de que aquel extraño ser llevaba un revólver en cada mano, y que sabía manejarlos bien. Dos pistoleros cayeron muertos instantáneamente. Los otros saltaron, intentando cobijarse.

Fue inútil.

Aquel ser de pesadilla movía los revólveres con una precisión científica, demoledora, implacable.

Asombrada, vio Judith cómo los tres hombres, incluido el temible Evans, caían de rodillas soltando sus armas. En un principio parecieron estar solo heridos, pero la realidad era que llevaban ya

dentro de sus cuerpos la bala que les había de matar. Uno tras otro, como muñecos que se desplomaban, cayeron de bruces sobre las tablas del porche y ya no volvieron a moverse más. Judith, atónita, incapaz de respirar, contemplaba aquellos cuerpos caídos, como si estuviera ante una visión increíble, ante una alucinación.

Desvió entonces los ojos hacia el que los había matado y ya no le fue posible verlo.

Judith tragó saliva lentamente, dominando su nerviosismo, y salió al porche lentamente. La noche, que no había cerrado aún del todo, enviaba unos reflejos de luz que bastaban para ver los cadáveres en las posturas más violentas y grotescas. De los rostros de todos aquellos hombres muertos se desprendía una sensación, una misma idea con la cual habían ido al otro mundo: la idea del horror.

Judith comprendió que en nada podía ayudarles ya y volvió hacia el interior de la casa, al que había sido su dormitorio.

Necesitaba marchar de allí.

Pero no había hecho más que empujar la puerta, cuando vio otra vez al hombre, al fantasma o lo que fuese. Ahora estaba vuelto de espaldas. Su horrible rostro no se encontraba vuelto hacia ella.

Fue eso lo que le dio valor. Fue eso lo que le hizo empuñar el «Derringer» y decir:

—Levante los brazos o le abraso. Puede que ya esté muerto, pero aún así no le hará ninguna gracia una ración de plomo bajo la piel. ¡Y yo voy a proporcionársela!

En contra de lo que creía, el fantasma alzó los brazos.

Y, en contra de lo que creía, habló:

Dijo algo increíble.

—Claro que sí, guapa.

Judith sintió que el «Derringer» escapaba de entre sus dedos.

Porque la voz que acababa de oír era la de Johnny. ¡La voz del propio Johnny Rackett!

El se volvió lentamente, quitándose la máscara de arrugada goma que hacía que su rostro pareciera, en la oscuridad, el de un leproso. Separó también un poco sus deshilachadas ropas, bajo las cuales aparecieron sus habituales prendas vaqueras.

—Para hacer esto en tan poco tiempo, hace falta el

entrenamiento de un actor de teatro —explicó sencillamente.

—Pero…

—¿De qué te sorprendes? —preguntó entonces él, mirándola fijamente a los ojos—. ¿Por qué pareces estar asustada, si debiste haber adivinado esto hace mucho tiempo? ¿Dónde están las deshilachadas ropas negras, los zapatos de corte antiguo, el manguito de piel bajo la cual se ocultaba el revólver y dónde está también, la máscara de goma parecida a ésta, con la que tú te convertías en una resucitada?

CAPÍTULO XV

Johnny se despojó de las ropas con un paf de tirones y musitó:

—Me parece que todo está claro para los dos, Judith. Ambos sabemos de sobra lo que se oculta en esta casa, ¿verdad? Poco antes de la guerra, y cuando ya todo estaba perdido, unos cuantos oficiales del Sur recibieron órdenes para ocultar aquí una importante cantidad de oro de la Confederación. Cuando estaban realizando su trabajo, fueron sorprendidos por tres soldados nordistas, pero no hubo ninguna clase de tiroteo entre ellos. Quizá los nordistas estaban demasiado asombrados por lo que ocurría allí, o quizá los sudistas no quisieron llamar la atención con disparos estando el enemigo tan cerca. El caso es que cuando los dos grupos estaban frente a frente, sin haber reaccionado aún, fueron apresados por un grupo de forajidos que estaban sobre aviso y que mandaba un coronel sudista.

—Evans…

—Exactamente. Evans estaba enterado de la categoría del bocado que se guardaba en esta casa, y no guiso perdérselo. Tenía bajo sus órdenes directas, bajo la falsa denominación de espías del Sur, a unos cuantos granujas que yacen muertos ahí fuera. Aquella noche colgaron a los soldados grises y a los soldados azules y ocultaron bien el oro.

—¿Por qué no se lo llevaron? —preguntó Judith—. ¡Esto es algo que no he podido entender nunca!

—No era prudente entonces, porque las líneas de los dos ejércitos estaban demasiado cerca. Evans no hubiera podido transportar tanto oro por zona de guerra.

Por eso él y sus hombres decidieron aguardar al fin de la contienda, a cuyo objeto pensaron que sería deseable que nadie se

acercase a la casa.

—Y por eso inventaron e hicieron circular la leyenda de los siete ahorcados…

—No sólo eso, sino que hallaron en la casa dos viejas tumbas que seguramente habían sido vaciadas y saqueadas al principio de la guerra. Eso les dio una idea. Arreglaron bien las lápidas e hicieron circular por toda la zona la leyenda de los dos cadáveres a los que la lepra había devorado años atrás y que aún aparecían por las noches. La estratagema tuvo éxito, porque nadie se acercó a la casa… hasta que otros granujas tan listos como Evans, y que también habían tenido contacto con el Alto Mando sudista, empezaron a pensar que había gato encerrado en la casa. Por ejemplo los Burlington y luego Slim… Los Burlington mismos se hubiesen llevado el oro de no ser por nosotros dos.

Hizo un breve gesto, retirando el «Derringer» de las nerviosas manos de la muchacha y depositándolo sobre una silla. Luego continuó:

—Tú debías tener un pariente muy cercano entre los oficiales del Sur que fueron ahorcados aquí. ¿Quién era?

—Mi padre. El coronel Taylor —repuso la muchacha con un soplo de voz.

—Y yo tenía a mi hermano mayor entre los nordistas que murieron ahorcados también —dijo Johnny tristemente—. Llegué a saber lo ocurrido y comprendí que tarde o temprano los asesinos volverían a la casa. Un anuncio aparecido en los periódicos, el que publicó el reverendo Payton, me dio un magnífico pretexto para llegar hasta aquí sin despertar sospechas. Supongo que a ti te ocurrió algo semejante.

—Sí —dijo Judith.

—Cada uno por su lado, sin sospechar siquiera que el otro existiese, decidimos luchar contra los asesinos con sus propias armas. Es posible que incluso, camino de aquí compráramos en el mismo lugar las ropas usadas y las máscaras de goma. Sabíamos que deberíamos luchar contra muchos hombres a la vez, y que la leyenda de horror que nos rodeaba iba a favorecernos, como así ha sido. ¡Todos quedaban paralizados viendo unos fantasmas en cuya existencia no creían! Incluso tuvimos la misma idea, Judith: Venir aquí y luego al pueblo, presentándonos en el hotel como si

acabáramos de llegar, para no despertar sospechas. Ahora la banda de Evans ha sido destruida y nuestros muertos han sido vengados. Pero algo lo hiciste mal, Judith. Llevaste tu odio hacia los del Norte demasiado lejos.

—¿Cuándo? —preguntó ella asombrada.

—Cuando yo estaba durmiendo y me disparaste con revólver desde la puerta del dormitorio. Por poco me alcanzas.

—¿Yo?

Los ojos de la muchacha se habían dilatado mucho, y su voz reflejaba una incredulidad absoluta.

—Tuviste que ser tú… —dijo Johnny, vacilando—. Lo he pensado cien veces.

—¡Yo soy incapaz de disparar a traición contra un hombre dormido!

—Entonces…, ¿quién…, quien fue?

Oyeron a sus espaldas el suave ruido de un martillo de revólver al alzarse, y una voz helada explicó:

—No se preocupen tanto, amigos… Fui yo… Yo mismo. El jefe de Evans.

Los dos se quedaron rígidos al escuchar la voz de Payton.

CAPÍTULO XVI

Fue Johnny el primero en volverse. El primero en ver cara a cara al que no había sido jamás un ministro del Señor.

Intentó mostrar serenidad, pero la sorpresa había sido tan grande que estaba sin habla. Por primera vez los acontecimientos le habían desbordado. Había sucedido algo que él no comprendía.

Hasta que de pronto algo como un chispazo de luz se hizo ante sus ojos.

—Usted no se llama Payton —susurró—, y nunca ha sido sacerdote de ninguna clase de religión. El verdadero Payton murió cuando se dirigía hacia aquí, y su tumba la he descubierto yo esta mañana.

El hombre que estaba frente a Johnny, apuntándole con un revólver amartillado, hizo una mueca.

—Claro que no soy Payton… Yo me llamo Bradford, y mi nombre fue muy conocido durante la guerra en toda la frontera de México… Yo preparé junto con Evans lo de los siete ahorcados y lo de la siniestra leyenda. He escuchado vuestras explicaciones y estabais en lo cierto: Ése era nuestro plan. Pero luego, un estúpido llamado Payton compró la casa en una subasta hecha ante las autoridades militares y pretendió transformarla en rancho. Ése podía ser un terrible inconveniente, porque quizá descubriese el oro. Además, había puesto anuncios en los periódicos buscando auxiliares, lo cual complicaba aún más las cosas.

—Y decidieron que el reverendo Payton tenía que morir, ¿no? —preguntó sombríamente Johnny.

—Así es. Tenía que morir. No le conocía nadie en estos contornos, y por eso me propuse liquidarlo antes de que llegara a la casa. Lo alcancé cerca de aquí, le di el pasaporte para el otro barrio,

me puse sus ropas y me presenté en el lugar. Bonito disfraz para no levantar sospechas…

—Bonito disfraz y miserable maniobra —escupió Judith.

—Calla, pequeña idiota… —las facciones de Bradford se habían crispado en una mueca satánica—. Vuestro juego tenía gracia, no lo dudo, pero pronto me di cuenta de lo que ocurría y de quiénes eran realmente los aparecidos. Cuando me convencí de que obrabais sin estar de acuerdo, tuve que hacer esfuerzos para no lanzar un grito de alegría. Porque me estabais ayudando a eliminar a todos los rivales, hecho lo cual os balearía por separado a los dos. Contigo, maldito Johnny Rackett, me precipité aquella noche y fallé el disparo, aunque luego me alegré porque aún me hacías falta. En cuanto a ti, estúpida mujerzuela, llevabas siempre un revólver al alcance de la mano y tenía que estudiar muy bien el plan para matarte. Pero la ocasión ha llegado. ¡Ha llegado ahora!

Cerró suavemente el dedo sobre el gatillo apuntando primero a la muchacha, que le miraba con expresión de desafío, sin un asomo de temor en sus ojos. Pero de pronto, le detuvo la voz helada de Johnny Rackett.

—Hay dos cosas que no entiendo, cerdo. Dos cosas que no tienen sentido.

—¿De veras?

—La primera de ellas es por qué nos ha dejado luchar contra la banda de Evans y deshacerla. Le hemos dejado solo.

Bradford lanzó una carcajada.

—¿Y qué más quería yo, estúpidos? Evans y sus hombres ya no me eran útiles. Yo tampoco lo era para ellos. Por eso asaltaron la casa a tiro limpio. Si me liquidaban, mejor… Pero ahora soy yo el único que vive, y el orones mío, sólo mío… ¿Alguna otra cosa que no tenga sentido, mamarrachos?

—Lo del pobre Simmons. ¿Por qué le vendió la casa?

Otra vez Bradford lanzó una brutal carcajada.

—¿Y preguntáis por qué? ¡Pues porque el muy imbécil me estaba pidiendo que le birlase sus mil cuatrocientos dólares! ¿A mí qué más me daba venderle la casa si ya no me interesa cuando saque el oro? Además, Simmons y ese pequeñajo que le acompaña también van a morir. Los he dejado a los dos en la parte posterior, con un buen culatazo en sus cochinas nucas…

Johnny sintió que algo estallaba en su interior. Pensó que aquel canalla mataría a sangre fría a un niño y aulló:

—¡Cerdo leproso! ¡Hijo de cochina perra!

Si en aquel momento se le hubiese ocurrido algo peor, lo habría dicho. Pero Bradford no se inmutó ante el insulto. Su sonrisa satánica se hizo más amplia, y su dedo se terminó de cerrar sobre el gatillo.

—Tú primero por haber gritado —silabeó—. Tú primero, cariño… Vas a ir con tu linda amiguita a ocupar las tumbas del sótano. Las tumbas de dos fantasmas que no existen… ¡que no existen!

De pronto ocurrió algo muy extraño. De pronto, la voz de Bradford sonó con falsete, mientras se desorbitaban sus ojos.

—¡No! —rugió—. ¡Nooo…!

Acababan de oírse oscilar abajo las lápidas de las tumbas, pero no fue sólo eso. También junto a Bradrofd había aparecido alguien. ¡Había aparecido la siniestra mujer vestida de negro, la resucitada, aquella espantosa e infernal criatura de pesadilla!

¡Y ahora no podía ser trampa! ¡Ahora no podía tratarse de Judith!

El ruido de las lápidas en el sótano se volvió a repetir.

—¡Noooo…! —aulló de nuevo Bradford—. ¡Noooo…!

Johnny no perdió la ocasión. Dio un salvaje rodillazo al bajo vientre de Bradford, lo envió por tierra y luego saltó hacia la silla donde estaba el «Derringer» de Judith, un arma que no perdonaba a aquella corta distancia. Cuando Bradford, babeando de dolor, iba a disparar, Johnny, de rodillas en el suelo, disparó su «Derringer» y le envió una bala de calibre pesado entre las cejas.

El viejo Simmons, que apenas se tenía en pie, se quilo entonces el disfraz y la peluca.

—¡Uf! —suspiró—. En mi vida había hecho muchas cosas, pero ésta es la primera vez que tengo que disfrazarme de mujer. Menos mal que encontré esto bien escondido en el sótano y comprendí que podía jugar un buen papel, porque si no… ¿Y qué les ha parecido mi sobrinito? Qué ruido más mono ha hecho con las lápidas, ¿eh?

—¿Pero no les habían dado un culatazo en la nuca? —susurró Judith, sin salir de su asombro.

—Sí, pero… ¿y qué? Ese imbécil de Bradford no sabe de lo que

es capaz de aguantar la cabezota de un borracho.

Cuando, media hora más tarde, Johnny y la muchacha se alejaban de allí, los dos juntos y con las manos únicas en el carruaje de Judith, la luna ya había aparecido en el horizonte.

—¿Qué hará ahora Simmons? —preguntó la muchacha.

—El oro que encontrará es suyo —repuso Johnny—. Legalmente, los tesoros ocultos pertenecen al primero que da con su paradero. El que creía que ya no vería una moneda de oro jamás…

Y besó con suavidad, en la penumbra del coche, los tibios labios de Judith.

—Y nosotros… ¿qué haremos? —preguntó ésta—. ¿Qué haremos cuando lleguemos a Ponca City, Johnny?

—Lo primero buscar un juez para que nos case, y luego encargar un baño.

—¿Un baño… para los dos?

Johnny lanzó una carcajada.

—No, cariño. Un baño… ¡para que se lo tome el dueño del hotel!

Y el carruaje siguió alegremente en dirección a Ponca City.

FIN